

Julio Forniés Gancedo

# EL LADRÓN DEL TIEMPO



Ya es de noche. Imagina una gran casa hecha de gordos ladrillos de piedra. La casa se encontraría sobre la cima de una achatada montañita; una montañita no más alta que un árbol alto y cubierta de húmeda y olorosa hierba. Todas las ventanas de la casa se verían apagadas; todas menos una, que chispearía como una tímida luciernaguita. Si nos acercásemos, descubriríamos que la luz proviene de una pequeña vela, que salpicaría de gotitas luminosas el dormitorio de una niña. La niña se llamaba y llama Iris, y a lo largo de éste fabuloso relato procuraré no dar muchas pistas sobre su aspecto: si es guapa o fea, si es rubia o morena, alta o baja... ya que nada de esto tuvo importancia en su aventura. Tampoco diré mucho más de todos los personajes que intervinieron en la historia; sólo su nombre, si acaso tuviese importancia conocerlo, y poco más, puesto que a partir de ahora procuraremos sólo imaginar.

Ya hemos imaginado la montaña, sobre la montaña la casa, y dentro de la casa a la niña. Ya estamos preparados para empezar la historia, para seguir imaginando, ya que su narradora, cada vez que la cuenta, la inicia siempre en éste mismo punto, en el instante en el que su abuelo entró en su dormitorio y la sorprendió aún despierta.

# -1-

-¿Todavía despierta, Iris? ¿Qué es lo que estás haciendo?

Me quedé paralizada. Estaba sentada sobre la cama, destapada y con las piernas cruzadas para guardar el calor de mis pies descalzos.

-Nada- respondí, y escondí las manos tras la espalda.

-¿Qué escondes?

-Ya te he dicho que nada...

-Enséñamelo, Iris- ordenó mi abuelo tranquilo y sin rodeos.

Se lo mostré a regañadientes. Formando un cuenco con las palmas de mis manos guardaba entre ellas una bellísima piedra azul. Era una piedra del tamaño de un huevo, azul como el agua de los ríos y tan redondeada que parecía la lágrima de un gigante. Se transparentaba un poquito y en su interior se podían ver millones de burbujitas, como estrellitas, que brillaban con cada palpito de la vela de mi cuarto.

¿De dónde has sacado eso? –preguntó el anciano.

Le miré con ojos de culpabilidad y mi abuelo meneó la cabeza en silencio.

-Has vuelto a hacer negocios con el hombre del camino... –suspiró.

-Sí –admití avergonzada-. ¡Pero es que dice que viene del cráter del Gran Volcán!

y...

-Déjalo ya, Iris. Ya sabes que nadie ha subido nunca allí arriba. ¡Me sorprende que te haya engañado con esa historia!

Se giró cansado hacia la venta de mi cuarto. Las cortinas de tela amarilla estaban recogidas como cabellos a cada lado del marco. Mi abuelo se acercó hasta ella y pegó su cara al cristal, que se manchó ligeramente de vaho.

Desde donde yo estaba, encogida sobre la mullida cama, podía ver a través de la ventana, no muy lejos, una montaña inmensa, solitaria y magnífica. Estaba envuelta por una misteriosa bruma y era tan alta que su cima desaparecía entre las nubes del cielo, un cielo negro y sin estrellas. Era el Gran Volcán.

-Vuelve a arrojarte y a dormir –dijo melancólico el anciano-. Y esto me lo llevo –concluyó refiriéndose a mi preciado tesoro azul.

Me confiscó la piedra, agarró con sus huesudas manos la vela, y se fue cerrando lentamente la puerta a su espalda. Las bisagras ni siquiera se atrevieron a chirriar y el dormitorio quedó completamente a oscuras.

No encontré el valor suficiente para protestar. Me acurruqué en un rincón de la helada cama y me dormí.

## -2-

Me desperté con la luz de un nuevo día. Un rayo de sol que entraba por la ventana se había posado a los pies de la cama y avanzaba con descarada lentitud hacia mi cara. Le esperé soñolienta. Subió por mis piernas y, justo cuando llegaba hasta mi cintura, desapareció. La luz del cuarto se volvió azul y el aire se enfrió.

Aún adormecida me despojé de la gruesa manta y salté al suelo de esponjosa madera. Olía a humedad. La mañana era fresca pero, como todas las mañanas, agradable. Me quité el pijama y tiritando me puse la ropa de calle y me calcé.

Miré por la ventana. El tiempo era pésimo. El cielo estaba abarrotado de negrísima nubes, pero había algunos claros por los que conseguía colarse el Sol, creando bonitas cascadas de luz que se derramaban sobre las praderas, caminos y casas. Había llovido por la noche y el suelo lucía como un espejo. Era una visión cotidiana para mí, pero a los ojos de un extraño seguro que sería bellísima. Sólo la contemplación del majestuoso Gran Volcán merecía una vida entera.

El Gran Volcán era una impresionante montaña de roca gris tan dura y lisa como el acero. Su falda crecía desde la verde pradera que cubría todo el pueblo, como si hubiese aparecido del centro de la tierra desgarrando el manto de hierba, mientras que a su alrededor millares de casitas reposaban sobre otros tantos millares de montañitas. El pueblo parecía un mar de olas color verde, como si la tierra padeciese, según solía decir mi abuelo, una cruel viruela que la hubiese cubierto de enormes ampollas.

No había árboles y el suelo era una gran alfombra de hierba verde esmeralda.

Las casas, todas sobre la cima de las montañitas, estaban construidas con grandes ladrillos de piedra roja y tejas más negras que el carbón, y las había de todos los tamaños. Las había grandes, que ocupaban la cima entera de una montañita, y pequeñas, que compartían la cima con cuantas cupiesen sobre la montañita. Pero ninguna casa era alta; la mayoría sólo tenían planta baja, y solamente algunas pocas, entre las que se encontraba la nuestra, tenían un piso superior.

Los caminos se movían por la parte baja del pueblo escurriéndose entre las montañitas. Eran de baldosas azuladas y la lluvia había dejado una fina capita de agua sobre ellos, haciéndolos brillar multicolor como si fuesen ríos.

Estiré los brazos hacia el techo para desentumecerme y fui hasta la puerta. La abrí con mucha cautela, pero eso no impidió que chirriase como siempre. Salí al pasillo y llegué a las escaleras, bajé los viejos peldaños de madera, que tampoco pudieron contener sus quejas, y ya en el piso de abajo planté los pies sobre el duro y silencioso suelo de piedra. Aún humeaban las ascuas en la chimenea, pero ya no daban calor.

El salón ocupaba toda la planta baja y daba una triste sensación de vacío. Había dos gruesas columnas y entre ellas mi abuelo había colocado una gran mesa redonda de

madera, y junto a la mesa dos sillas viejísimas de color oscuro y olor rancio. Eso era todo. Sin embargo, no me disgustaba que hubiese tan pocos muebles, pues así podía jugar mejor por todo el salón, y como últimamente el tiempo era malísimo y tenía que estar en casa casi todo el día, me sentía incluso afortunada.

Sobre la mesa sólo había una cosa: la piedra azul que mi abuelo me había cogido por la noche; mi piedra azul. La luz de la mañana la hacía brillar con tonos rosáceos. Era preciosa. Seguramente no procedía de la boca del Gran Volcán, pero era hermosísima y nunca antes había visto nada igual. La acaricié y me sorprendió que no estuviese fría. Seguí pasando los dedos por su lisa superficie, hechizada al ver mi cara reflejada en su interior. La agarré con mimo y la deslicé hacia el interior de uno de mis bolsillos. Notaba su calor a través de la ropa y las manos me olían ahora misteriosamente a primavera. Era una sensación deliciosa.

Me acerqué a una de las ventanas y descorrí las mohosas cortinas. El cristal estaba empañado. Acerqué mi pequeña mano para limpiarlo y al posar la palma sobre el cristal desapareció el vaho a su alrededor. Retiré la mano y busqué otra zona con vaho donde posarla. Fascinada, acerqué de nuevo la mano, pero justo cuando iba a tocar el cristal la puerta de la calle se abrió empujada por el viento y una brisa helada entró en la casa. Corrí a cerrarla y cuando llegué hasta ella me quedé mirando al exterior.

Suspiré. Aún caían pequeñas gotitas del cielo y hacía algo de frío. Se me erizó el pelo de la nuca y un escalofrío trepó por mi espalda. Olía a tierra mojada y las nubes se removían negrísimas en el cielo, pero no amenazaban tormenta.

Aún no había nadie por los caminos. Metí mis manos bajo las mangas y salí.

Para bajar de la montañita había que hacerlo por unas resbaladizas escaleras de piedra, que por suerte tenían una firme barandilla a la que me podía agarrar hasta llegar al camino. Seguí las baldosas de piedra roja entre las montañitas y llegué hasta la Vía Principal, que era un camino muy ancho y recto que llegaba hasta el Gran Volcán. El camino era el cauce seco de un río del que antiguamente se abastecía todo el pueblo. Nacía al pie del Gran Volcán y se decía que su agua venía de un lago que se encontraba en el cráter de su cima. Sin embargo, el lago debió de secarse y por esa razón el río dejó de llevar agua. Era un caso muy extraño, según murmuraban los viejos, ya que el clima no se había vuelto más seco desde entonces, sino todo lo contrario, tan caprichoso que era normal que incluso en verano lloviese durante días y, en ocasiones, durante semanas enteras.

De todas formas no me importaba mucho si hacía frío o si llovía, pues no había salido simplemente a pasear, sino que me había propuesto hablar con el tendero aquella mañana aunque lloviesen chuzos de punta. No es que no me gustase la piedra, que era hermosísima y fascinante, sino que era imposible que viniese de la boca del Gran Volcán, por lo que esperaba una explicación o, como mínimo, una buena rebaja en su precio y que me devolviese parte del dinero que le pagué. Viniese o no del Gran Volcán, algo tan exótico siempre tendría un hueco entre mi colección de tesoros.

A lo lejos, acampado a un lado de la Vía Principal, descubrí al estafador. No me decidía en si debía acercarme a él con cautela o, por el contrario, hacerlo sin la menor preocupación. Finalmente le abordé con sigilo.

Me deslicé con movimientos felinos y me paré frente a él. Su redonda cara estaba oculta bajo la visera de una gorra amarilleada por la mugre. No me había visto llegar, estaba dormido. Descansaba su gordo corpachón sobre un pequeño taburete y apoyaba su espalda contra la colina de una de las montañitas. Entre él y yo nos separaba un penoso mostrador de madera y un cutre toldo protegía el puesto de la lluvia.

Carraspeé.

El tendero se sobresaltó y casi perdió el equilibrio sobre el taburete, que crujió apunto de deshacerse. Plantó sus manazas sobre el mostrador y permaneció un ratito quieto, muy quieto, hasta que su mundo y el mundo que había seguido girando mientras él dormía volvieron a rodar al mismo ritmo. Su cara redonda, como la luna llena, apareció entonces al echarse la gorra hacia atrás. Sus ojos, que eran dos grandes globos de gelatina, me miraron con esfuerzo.

-¿Qué es lo que quieres, niña? –masculló malhumorado.

El rechoncho hombre se quitó la gorra, pasó la mano por su grasiento pelo y se la encasquetó de nuevo. Fijó sus ojos en mí con grosería y levantó las cejas desafiante. Me quería dar a entender que estaba perdiendo su preciado tiempo.

Aguanté firme mi postura de indignación. Con fingida calma saqué la piedra azul del bolsillo y la posé con suavidad sobre el mostrador.

-Es falsa –le dije tranquilamente.

Se quedó callado. Alargó su regordete brazo, agarró con sus dedotes la piedra, y se la acercó a los ojos. La examinó concienzudamente.

-¿Quieres devolverla? –dijo, y volvió y clavar su mirada en mí.

-Mi abuelo dice que nadie ha subido nunca al Gran Volcán. ¡Es falsa! Devuélveme mi... devuélveme parte de mi dinero, porque si no viene del Gran Volcán tiene que ser más barata.

El tendero sonrió.

-A pesar de eso veo que te gusta y quieres quedártela. La verdad es que es bonita, muy bonita. Me la dio una anciana que decía que era una auténtica piedra de la boca del Gran Volcán. Me la cambió por un viejo catalejo que yo tenía. Me dijo que sólo quería las lentes porque era demasiado corto, pero que ya se las quitaría ella en su casa... ¿Un catalejo demasiado corto?, pensé. Era una vieja chiflada. Si piensas en reclamar a alguien ahora ya sabes a quién buscar, porque si esta piedra no proviene del Gran Volcán la que ha mentido es ella...

Avanzó su gran cuerpo hasta que su barriga topó con el mostrador, agarró mi mano, me la volteó dejando la palma hacia arriba y sobre ella me puso la piedra azul. Me soltó, se recostó de nuevo y respiró disgustado.

-Mira, niña –dijo paternalmente-, tu abuelo no sabe nada de nada, y es demasiado viejo como para darse cuenta de lo que sucede a su alrededor.

Me sentí ofendidísima, pero sólo logré manifestar mi enfado frunciendo el ceño. El tendero, al ver que seguía quieta ante él, decidió hacer uso de su instinto de comerciante para deshacerse de mí.

-Veamos –dijo- ¿Acaso has visto alguna vez una piedra igual?

Negué entre dientes.

-¡Pues no se hable más!

Abrí la boca para protestar, pero las palabras que le iba a decir se quedaron en mi estómago.

El tendero, al verme tan indecisa, aprovechó mi silencio para recostarse con desprecio, taparse la cara con la gorra, y volverse a dormir.

Estuve apunto de gritar. Quería gritarle que era un estafador y un mentiroso. Pero sabía que eso no serviría de nada. Me había vuelto a engañar. Era mucho más astuto que yo.

Regresé a casa mascullando venganzas.

Al pasar dentro cerré y eché el cerrojo a la puerta muy enfadada. El agradable y fuerte olor a piedra me tranquilizó un poco. Afuera el Sol ya había aparecido en el horizonte, pero todos en el pueblo aún dormían. Pasaba el tiempo despacio, sin prisas. Ya nadie se levantaba con el alba o el canto del gallo, porque ya no había un solo gallo en el pueblo ni tampoco había nadie que tuviese obligaciones que cumplir a horas tempranas. Ya no quedaban ganaderos ni agricultores. El frío era más intenso cada año y todo aquel que estuviese en edad de trabajar se veía obligado a viajar a tierras lejanas en busca de mejor fortuna, pues las continuas lluvias habían podrido las cosechas y hecho enfermar a los animales. Por esa razón mis padres se marcharon, y al igual que ellos los padres de la mayoría de los niños del pueblo dejándonos al cuidado de nuestros abuelos, que ya eran demasiado viejos como para perseguir sueños y preferían quedarse en la tierra que les vio nacer.

Me senté sobre el frío suelo de piedra, frente a la chimenea, y comencé a remover distraídamente las cenizas con el atizador. Recordé a mis padres y los años que habían pasado desde su marcha, y pensé que nunca regresarían y sería yo misma la que terminaría yéndome algún día del pueblo. Por un momento el tranquilo silencio de la casa y su acogedor olor a humedad dejaron de parecerme agradables, y eché muchísimo de menos los días de calor y alboroto que antes llenaban el pueblo. Maldije el frío y las nubes de tormenta.

De pronto, unos golpecitos en el cristal de una de las ventanas me sobresaltó. A través del círculo que había limpiado con mi mano vi asomarse la cara de una anciana, que me miraba con unos ojos azules más claros que la nieve.

Corrí hasta la puerta y la abrí. La vieja mujer estaba bien abrigada y el viento levantaba el pañuelo con el que cubría sus larguísimos cabellos color perla. A su lado, una niña de mi misma edad me miraba con ojos impacientes. La niña era Nerea, una de mis amigas, y la mujer su encantadora abuela.

-Buenos días, cariño –me dijo la mujer con un tono muy dulce-. ¿Está tu abuelo ya levantado?

-No, aún está durmiendo.

La anciana se echó las manos a la cabeza sin perder su deliciosa sonrisa y dijo con fingida exageración:

-¡Madre mía, qué perezoso!

Entonces, desde el piso de arriba, rezongó una voz.

-Son los años, querida –dijo mi abuelo bajando las escaleras-, que como duendes me atan con hilos de seda a la cama.

La vieja agrandó todavía más su sonrisa.

Mi abuelo llevaba los pantalones aún sin abrochar y la camisa abierta de par en par. Nos saludó con una mano mientras que con la otra intentaba cerrarse los botones de la camisa. La abuela de Carlos soltó una risita al contemplar el desarreglado aspecto del viejo y avanzó unos pasos hasta él. Nerea y yo nos quedamos en el umbral de la puerta observando como la mujer ayudaba al torpe hombre a vestirse, igual que si fuese un niño.

Nerea me dio entonces un suave codazo y me dijo:

-¿Te vienes al lago? Vi antes a Diana que iba con su padre a pescar.

-Claro –respondí.

Cualquier plan era mejor que quedarse allí contemplando las zalamerías de dos ancianos.

-¡Me voy al lago abuelo! –dije.

El viejo me señaló con uno de sus largos dedos.

-¿No venís a desayunar?

-No, preferimos irnos a jugar.

-Vale, pero no lleguéis tarde a comer.

Mi abuelo se preocupaba por la hora de la comida porque él y yo nunca comíamos en nuestra casa, sino que lo hacíamos en la de Nerea y su abuela. Por esa razón no teníamos tampoco cocina. Mi abuelo se encargaba de comprar la comida para Nerea, su abuela y yo y era la vieja mujer quien cocinaba con mimo los alimentos que luego comíamos en su casa. Nerea y yo ayudábamos a poner la mesa y a mover las cacerolas pesadas, mientras que mi abuelo se sentaba a la mesa y esperaba igual que un marqués a que todo estuviese bien dispuesto. Era una actitud machista, pero quizás él nunca pensó en eso, y seguramente estaría convencido de que las demás tareas no eran obligación suya, y que con comprar los alimentos, que mi amiga y yo llevábamos hasta la casa, ya había cumplido con su parte del trato.

Nerea y yo ya habíamos bajado las escaleras de la montañita y caminábamos rápido por los caminos. Íbamos hacia la laguna. Salimos del pueblo y nos adentramos entre las grandes montañas que lo rodeaban. El camino era de tierra y piedra y a cada lado aparecían los primeros árboles. Eran árboles viejísimos y con raíces fuertes, que salían fuera de la tierra igual que gordas serpientes agarrándose a la ladera. Sus hojas cubrían el camino y casi no dejaban pasar la luz, manchándolo todo con su sombra.

-¡Jo, qué frío! –protestó tiritando mi amiga.

-Al menos asoma un poquito el Sol –le contesté- ¡Que ya es verano!

-Sí, cada año peor. Parece como si fuese invierno.

Nerea tenía razón. El verano hacía casi un mes que había entrado y el tiempo seguía muy frío y lluvioso. Nadie había notado el cambio del invierno a la primavera, y sólo los árboles, con su mágica intuición, habían sentido su llegada y hecho brotar las hojas entre sus ramas. La primavera había pasado con temperaturas invernales y ahora el verano se presentaba casi igual, y, aunque en realidad la temperatura era algo más suave, seguía haciendo muchísimo frío.

De pronto todo se iluminó como un rápido amanecer, pero al mirar hacia arriba sólo pudimos ver el techo de hojas ocultándonos el cielo.

Llegamos a una gran llanura entre las montañas. Estaba llena de prados rodeados por gruesos muros de piedra, con la hierba altísima y sin segar y sin ningún animal que pastase en ellos. Descubrimos que el cielo se había despejado sorprendentemente de nubes dejando al Sol solitario en lo alto. Hacía incluso un poquito de calor y brillaba la hierba húmeda como oro.

Seguimos el camino entre los prados, casi con miedo, como exploradoras en un mundo extraño pero fabuloso, y llegamos al pie de una montaña llena de matorrales. Un estrechísimo sendero escalaba en zigzag por la ladera. Lo subimos y llegamos a lo alto de la montaña, que acababa en una gran llanura como si la hubiesen cortado la cabeza. Estábamos muy alto y el viento soplaba libre.

En el centro de la llanura había un enorme lago de agua limpia y superficie de plata. Alrededor no había nada y teníamos una vista magnífica de todo el valle en donde estaba el pueblo y, en su centro, el imposible Gran Volcán. El suelo era de pequeños y redondos guijarros grises y el lago tan puro que podían verse los peces en su fondo brillando como estrellas. Era un lugar muy agradable. Sólo a veces se escuchaba el murmullo del viento o el canto de algún solitario pájaro, y si cerrabas los ojos, te olvidabas de todo, porque allí sólo había tranquilidad.

Al otro lado del lago divisamos sentados en la orilla a Diana y su padre. Estaban muy quietos sujetando cada uno su caña de pescar en silencio, y tras ellos se veía, algo lejano, el inquietante y colosal Gran Volcán vigilándoles.

Rodeamos el lago y Diana nos saludó con la mano al vernos llegar, pero no dijo nada. El padre de Diana, un hombre taciturno y misterioso, ni siquiera nos prestó atención y sólo su pecho se movió ligeramente para respirar. Era un hombre singular, pues no había abandonado el pueblo como los otros padres, y se dedicaba al poco rentable oficio de pescar en el lago su propio alimento y vender lo que le sobraba. Posiblemente su carácter se debía a la muerte de su esposa, la madre de Diana, justo cuando el clima había empezado a empeorar tanto. De todas formas, era un buen hombre, y nunca nadie pudo dudar ni dudó de su humildad.

Diana se había contagiado inevitablemente de la misma carencia de palabra que tenía su padre. Sin embargo, era capaz de disfrutar de una buena conversación, aunque detestaba, según ella misma decía, las charlas de crías. Seguramente fuese por esa razón que, sin tener alma de líder, su opinión era siempre valoradísima por todos, y era arriesgado llevarle la contraria.

Su padre, que desde que habíamos llegado no se había movido lo más mínimo, aspiró entonces una gran bocanada de aire y se levantó lentamente. Todo su cuerpo crujió según se enderezó. Era un hombre inmenso, un gigante.

-Por hoy ya está bien, Diana -dijo con su voz profunda y tranquila-. Yo me vuelvo a casa. Si os queréis quedar un rato más te dejo la cesta por si pescas algo.

El gigante se apoyó la caña sobre el hombro y se alejó caminando muy despacio, en silencio. Bordeó el lago y desapareció por el sendero que bajaba la montaña.

Las tres nos quedamos sentadas en silencio. Diana mantenía su caña firme casi sin respirar y Nerea y yo mirábamos embobadas el agua. La superficie del lago era tan lisa como un cristal. Me tumbé sobre el suelo de piedras y contemplé el cielo azul despejado e infinito.

-¿Cómo es que habéis salido hoy a pescar? -le pregunté distraída a Diana.

-Es que últimamente es raro que haga tan buen día y queríamos aprovecharlo -contestó en voz baja para no espantar la pesca.

Nerea y yo asentimos.

-Pero hoy es un día extraño -siguió hablando Diana-. No sólo porque haga tan buen tiempo... ¿nunca os habéis fijado en que las nubes de tormenta se ponen siempre alrededor del Gran Volcán? -levantó la caña y el anzuelo salió del agua. Comprobó que no había picado nada y dejó la larga vara abandonada sobre el suelo para seguir hablando sin preocuparse más por la pesca-. Sobre todo los días de tormenta es cuando más nubes hay alrededor. Sin embargo hoy...

Diana se volvió para mirar hacia el Gran Volcán.

Era verdad, había algo extraño en aquel soleado día. Normalmente la cima del Gran Volcán estaba oculta entre nubes. Había amanecido bastante nublado, pero el cielo se había despejado misteriosamente y ahora podía verse entero, desde su impresionante falda, que nacía en el centro del pueblo, hasta su lejanísima cima que desafiaba el cielo.

Su cima tenía forma de embudo, como el final de una trompeta. Decía mi abuelo que era así porque mucho tiempo atrás, antes de que estuviese allí el pueblo, el Gran Volcán era una montaña más alta incluso de lo que era ahora. Por aquel entonces su cima acababa en un afilado pico, pero por alguna misteriosa decisión de la naturaleza su cumbre explotó, quedándose con su peculiar forma reventada. Salió entonces muchísima lava y, según los habitantes del pueblo, fueron los pedacitos de montaña y lava que habían salpicado todo el valle los que formaron las pequeñas montañitas sobre las que estaban las casas.

Era una historia fantástica que a mí, sinceramente, no me importaba si era verdadera o falsa, pues el pueblo era como era y así seguiría siéndolo, y ya estaba como estaba muchísimo tiempo antes de tener yo mis primeros recuerdos e incluso de tener sus primeros recuerdos mi abuelo.

De pronto Nerea habló y me rescató de mis pensamientos.

-¿De verdad creéis que allí arriba hay un lago? –preguntó como atrapada en un sueño.

-Ya no –le respondí tan obnubilada como ella-. Dicen que se secó...

Diana nos interrumpió con su segura voz.

-Escuchad –dijo, y empezó a hablar casi en susurros-. No vais a creer lo que os voy a contar.

Nerea y yo la miramos interesadas. Su sus ojos se entrecerraron de forma misteriosa y un escalofrío erizó cada pelito de mis brazos y temblé de intriga. Entonces Diana comenzó un relato que, sin saberlo en aquel momento, cambiaría mi vida, la de mis amigas e incluso la del pueblo y el mundo entero.

-Hace dos noches –dijo-, cuando todos dormían, vi salir algo de la boca del Gran Volcán.

Nerea y yo nos quedamos perplejas. Diana no decía nunca mentiras, y si lo que nos había contado lo hubiese dicho cualquier otra persona no la hubiésemos hecho el menor caso; pero aquello sonaba demasiado extraño...

-¡Venga ya! –dijo Nerea sin poder aguantar más.

Diana no la hizo caso y siguió hablando.

-Os lo juro, no es mentira; estaba muy oscuro y no lo pude ver bien, pero era algo alargado, parecía una serpiente grandísima que salía de la boca del Gran Volcán y se estiraba hasta tocar el suelo. ¡Era larguísima! Estuvo quieta un buen rato, estirada desde la cima –señaló la cima con forma de embudo- hasta el suelo –apuntó hacia el pueblo-. Y luego, sin hacer ruido, volvió de nuevo a meterse en el volcán.

-¡Pero si desde tu cuarto no se ve el volcán! –replicó Nerea incrédula.

-Es que lo vi desde aquí. No tenía ganas de dormir. Muchas noches, cuando no tengo sueño, vengo al lago.

Nerea no volvió a decir nada, pero por su mirada se podía adivinar que estaba pensando en la forma de coger desprevenida a su amiga. Era una historia demasiado increíble como para ser verdadera.

Diana aprovechó el silencio de nuestra amiga para seguir relatándonos con más detalle su fantástica historia.

-Fue hace dos noches, no había luna y pude distinguirlo porque al moverse tapaba las pocas estrellas que se veían entre las nubes.

-Lo habrás soñado –bromeó Nerea.

Diana se encogió de hombros, se levantó pensativa, cogió la caña de pescar del suelo y agarrando la cesta del pescado dijo:

-¿Nos vamos?

De vuelta al pueblo acompañamos a Diana a dejar la cesta y la caña. Nerea y yo la esperamos en el camino mientras ella subía las escaleras de piedra que ascendían la montañita sobre la que estaba su casa. Era una casa muy pequeña y junto a ella, ocupando casi toda la montañita, había otra casa muchísimo más grande. Mientras que la de Diana sólo tenía la planta baja y era apenas del tamaño de un salón, la otra era enorme y de dos plantas. Aunque, por extraño que pareciese, en aquella grandísima mansión no vivía nadie. Se decía que sus antiguos habitantes habían encontrado un lugar mejor en donde vivir y que no pensaban volver. Sin embargo, yo había oído algo muy distinto en conversaciones que los ancianos mantenían entre susurros, y, si era verdad lo que había escuchado, en la casa habían vivido un hombre viejo y su nieta, igual que mi abuelo y yo. Pero por algún extraño motivo, del que nadie hablaba ni entre cuchicheos, fueron echados del pueblo y condenados a no poder regresar jamás.

De lo que no se podía dudar era de que la casa seguía vacía desde mucho tiempo antes de que yo naciese. Nadie la había ocupado y sus puertas y ventanas estaban cerradas. La gente ni siquiera se le acercaba y yo siempre me había preguntado cómo sería por dentro y qué misterios guardaría.

Algunas veces le habíamos preguntado a Diana cuál era el motivo de que ella y su padre no se mudasen a la mansión, pues era una casa muchísimo mejor que la suya y no parecía que a nadie le fuese a importar que lo hiciesen. Pero entonces nuestra amiga nos respondía que ya se lo había dicho muchísimas veces a su padre y que le había contestado que ellos ya tenían un hogar y que no necesitaban más.

Nunca nadie entraba en la mansión y por la forma en que la gente la miraba nadie quería hacerlo. Algunas veces nos acercábamos a su puerta, y, aunque nunca nadie nos había prohibido entrar, jamás lo intentamos. La verdad era que nos daba mucho miedo y no nos atrevíamos, y esa era la mayor de las prohibiciones.

Decidí no pensar más en todo aquello y disfrutar del estupendo día.

Desde el camino de piedra azul, hundido entre la montañitas, apenas podíamos ver el resto de las casas, pero teníamos una estupenda vista del Gran Volcán, que crecía en el mismo centro del pueblo, muy cerca de la casa de Diana.

Los habitantes de la mansión debieron ser gente importante, ya que las casas más lujosas del pueblo estaban junto al gran gigante de roca. La de Diana, por el contrario, era una extraña excepción, pues era muy pequeña y humilde.

El Gran Volcán era de roca pura toda del mismo color gris perla. Era empinadísimo, tanto que parecía el tronco de un monstruoso árbol. Nacía en el centro del pueblo y se estiraba hacia el cielo, amenazando con devorar al Sol con la gran boca abierta que era su cráter.

La gente del pueblo había construido en su ladera una enorme terraza, como un gran balcón, al que se podía subir por unas escaleras pegadas a la falda de la montaña. La habían construido con madera marrón clarito y era tan coqueta como el resto del pueblo. Estaba a mucha altura y era un lugar estupendo para disfrutar de los días de buen tiempo y deleitarse con la vista del valle. Tenía una barandilla todo alrededor para proteger de caídas y había muchísimas mesas, entorno a las que se sentaban en otras muchas sillas los más viejos del pueblo para charlar o participar en algún juego tranquilo.

Las escaleras que subían hasta la terraza estaban esculpidas en la misma roca del Gran Volcán y había un anciano subiéndolas con la obligada calma que imponen los años. Cuando llegase arriba se encontraría con la mayoría de los habitantes del valle, todos de edad muy avanzada y dejando correr la vida con tranquilidad, como el agua de los ríos más profundos. Allí solían pasarse el día entero y bajaban sólo para comer o cuando el frío de la noche los invitaba a regresar a sus casas, que al igual que todo el pueblo cada vez estaban más vacías y tristes.

El Gran Volcán resguardaba la terraza del viento, que siempre soplaba del otro lado, y algunos días incluso su roca daba calor, y la gente, agradecida, arimaba sus mesas y sillas a la montaña.

Como cada día, mi abuelo estaba en la terraza, sentado junto a la barandilla. Contemplaba el paisaje y hablaba con los ancianos que había a sus lados sin volver la cabeza. Allí estaba también la abuela de Nerea, sonriente como siempre, y al vernos a su nieta y a mí comentó algo con mi abuelo y nos señaló con su habitual gracia. Entonces mi abuelo alzó la voz tanto como pudo para que le pudiese oír.

-¡Iris! -le escuché lejanísimo-. ¡Compra el pan antes de que se acabe!

Se hurgó en los bolsillos, sacó algo y lo lanzó fuera de la terraza. La cosa que había tirado giró brillante, como una estrella parpadeante. Era una moneda de plata. Extendí las manos a tuestas, con las palmas hacia arriba, y la moneda aterrizó con fuerza sobre ellas. Me hizo muchísimo daño. Había cerrado la mano sin querer y al abrirla descubrí la pequeña estrella fugaz que había capturado. La moneda relució como un trofeo.

Nerea, que miraba distraída hacia otro lado, no se percató de mi proeza.

-Nerea -le dije desilusionada-, que tengo que ir a comprar el pan. Luego os busco.

Empecé a seguir con prisas el camino que rodeaba el Gran Volcán, puesto que la panadería se encontraba al otro lado de la montaña. Era un camino anchísimo y muy utilizado sobre todo por aquellas personas que vivían cerca del centro del pueblo, que salían temprano y caminaban alrededor del volcán con calma y sin preocuparse de lo mucho que se alejaban de sus casas, pues sabían que al final del camino volverían a encontrarse junto a su hogar.

Mientras andaba saludaba a la gente que me encontraba. Conocía a todo el mundo y sabía exactamente a qué distancia estaba cada uno de su casa. Todos eran ancianos y caminaban a la velocidad justa para llegar a su casa a la hora de la comida; ni antes ni después, ni más rápido ni más lento. Por tanto, si prestabas atención al lugar del camino

en el que te los encontrabas, podías calcular el tiempo que quedaba para la hora de la comida. El camino que rodeaba el Gran Volcán era como un gran reloj.

Todavía quedaba mucho tiempo para la hora de comer.

El día era magnífico y cada vez hacía más calor. Me sentía muy alegre. Apreté con fuerza la moneda y eché a correr.

Cuando llegué al otro lado de la montaña estaba empapada en sudor y me detuve para recuperar el aliento mientras miraba la panadería. Ocupaba una montañita chata y era una de las casas más grandes del pueblo, con dos plantas y de apariencia robusta. El viento en aquella parte del pueblo soplaba con fuerza y había junto a la panadería un molino de grandísimas aspas que no paraban de dar vueltas.

Subí corriendo las escaleras de la montañita y cuando llegué a la puerta la empujé con descaro y entré.

Olía estupendamente. Siempre había pensado que sería genial trabajar en una panadería y poder disfrutar continuamente de ese aroma, y por esa razón aún no entendía que la panadera casi nunca estuviese alegre, con su cara teñida de ojeras y la boca torcida tristemente.

Para mi sorpresa, tras el mostrador no estaba la panadera, sino un niño muy delgado, de ojos negros como el carbón y larguísimos cabellos rubios y rizados como virutas de oro. Era el hijo de la panadera. Debía tener mi misma edad y nunca había hablado con él. Le conocía de siempre y le había visto muchísimas veces despachando a los clientes junto a su madre, pero hasta entonces me las había arreglado para que fuese siempre la mujer quien me atendiese. Era algo que algún día debía de suceder. No se puede esquivar eternamente una situación, y a pesar de mi timidez tuve que afrontar el reto de hablar por primera vez con aquel conocido desconocido.

-Una barra de pan, por favor –dije insegura.

El niño se volvió sin decir nada y cogió una de las barras que había en las estanterías. Yo, que seguía junto a la puerta, me acerqué con pasitos cortos, y cuando él se giró casi me golpeó con la barra. Se quedó un momento asombrado al verme tan cerca y luego dejó el pan sobre el mostrador. Puse junto a la barra la moneda que me había dado mi abuelo y cuando tenía las manos sobre la compra el niño dijo señalando la moneda:

-Con esto no tienes suficiente.

Me quedé helada. El niño siguió hablando.

-Es que el precio ha subido –dijo tímidamente-. Por culpa de los robos el grano escasea, y hace dos noches se llevaron tanto que no nos ha quedado más remedio que subir el precio.

Yo seguía mirándole atónita. El niño continuó explicándome con paciencia la situación.

-Las pérdidas... –siguió hablando en un tono cada vez más bajo.

Finalmente, comprendió que yo no sabía cómo arreglar la situación, así que se esforzó por mostrarme una pequeña sonrisa y dijo:

-Pero me puedes pagar mañana cuando vengas.

Asentí con la cabeza algo confundida, cogí la barra y salí de la panadería con paso inseguro. Me sentía culpable, como si me hubiese aprovechado de la buena voluntad del niño. Pensé que lo correcto habría sido ir a pedirle más dinero a mi abuelo, pero en ese momento no se me ocurrió. Me prometí regresar cuanto antes para saldar aquella deuda.

Afuera el tiempo había refrescado y un viento helado me hizo tiritar de frío.

Al bajar al camino pasó junto a mí un de los ancianos que daban la vuelta al Gran Volcán. No me dio tiempo a saludarle, pues andaba con muchas prisas. Era algo muy extraño, ya que en el pueblo nunca nadie tenía prisas.

No regresé por donde había venido, sino que seguí rodeando la montaña. No lo hice por aburrimiento, sino por una extraña costumbre que había en el pueblo, ya que todo el mundo recorría el camino que rodeaba el Gran Volcán en el mismo sentido. Era como la corriente de un río; nunca fluía hacia atrás.

Volví a cruzarme con muchos de los paseantes que antes me había encontrado, y que mientras estaba en la panadería me habían adelantado. Cuando les volvía a sobrepasar era como adelantarles en el tiempo.

Mis amigas me esperaban en el camino.

-Te estábamos esperando –dijo Nerea.

-Gracias, pero tengo que ir a casa a dejar el pan. ¿Os venís?

-Claro –contestó Nerea, que hablaba por Diana.

Me acompañaron a mi casa. El cielo se había vuelto a cubrir y olía a humedad. Iba a llover. Cada vez hacía más frío y sonaban lejanos algunos truenos.

# -5-

Llegamos al pie de mi casa y Nerea y yo subimos al galope las escaleras, mientras que Diana las subió más calmada, haciéndonos sentir como crías. Ella no lo hacía con esa intención, simplemente era su forma de ser. Era más madura. Nunca supe lo que diferenciaba a una persona madura de otra que no lo es, pero, sin embargo, viendo subir a Diana las escaleras nadie dudaría de que nuestra amiga era mucho más madura que nosotras.

Empujé la puerta y se abrió hacia adentro suavemente. Mi casa sólo podía cerrarse desde dentro y por eso estaba siempre abierta cuando no había nadie. Mi abuelo decía que las cerraduras eran sólo para las casas de los ladrones, algo que nunca llegué a entender bien, pues yo pensaba que, por el contrario, lo más lógico era que las cerraduras fuesen sólo para las casas de los ricos, que eran los únicos que debían temer que les robasen.

De todas formas nunca me inquietó que la casa estuviese siempre abierta, e incluso prefería que así fuese.

Dentro hacía un poco de frío. Me acerqué hasta la mesa, en medio del salón, y dejé sobre ella la barra de pan. Mis amigas merodeaban por la casa igual que moscas. Diana miraba a su alrededor aburrida y Nerea intentaba reavivar las cenizas de la chimenea removiéndolas con el atizador, pero no lo consiguió y entonces preguntó fastidiada:

-¿Qué hacemos ahora?

Yo me encogí de hombros y Diana no dijo nada, estaba mirando absorta por la ventana. Cada vez parecía hacer más frío. Me rechinaban los dientes y notaba la ropa empapada en sudor. Sentí algo de calor cerca de mis bolsillos y descubrí que era la piedra azul. La saqué, pero entre mis manos ya no parecía estar tan caliente, aunque me sorprendió que estuviese seca. La dejé sobre la mesa, junto al pan, y fui hasta la chimenea. Nerea seguía removiendo la ceniza con el atizador sólo por diversión. Me senté a su lado, sobre el suelo, y miré la ceniza embobada. Ni me di cuenta de que mi amiga se había levantado y me había dejado allí sola contemplando la chimenea, hasta que la voz de Diana, a mi espalda, me rescató de mi ensueño.

-¿De dónde la has sacada? –me preguntó.

Me volví y encontré a Nerea y Diana junto a la mesa mirando la piedra azul.

-Me la vendió el tendero –respondí.

Procuré restarle importancia al asunto para que no me preguntaran más, pues me fastidiaba que se enterasen de que me habían estafado. Pero Diana parecía tener mucha curiosidad.

-Y el tendero –siguió incordiándome- ¿Cómo la consiguió?

-Me dijo... –estuve tentada de mentir- ...me dijo que viene del Gran Volcán.

-¿De la cima? –preguntó Diana en un tono burlón que no me gustó.

Ahora le tocaría el turno a Nerea, que rara vez sabía cuándo cerrar la boca.

-¡Nadie ha subido nunca allí! –exclamó Nerea con los brazos abiertos.

-Ya –admití-, ya lo sé...

Empecé a remover las cenizas con fuerza para hacer ver que no quería hablar del tema. Pero Nerea, la siempre impertinente Nerea, insistió.

-Pues si lo sabías... –estaba diciendo mi insensible amiga cuando algo la interrumpió.

Todo se había iluminado de repente y a través de las ventanas vimos un relámpago arañar las nubes del cielo. Apenas tardó un segundo en estallar un increíble trueno que hizo temblar el pueblo entero.

Fuera se había levantado un viento fortísimo y empezaba a escucharse un fantasmal susurro. La casa se estremeció. Una de las ventas se abrió y entró una ráfaga de viento helado, que arrastró las cenizas de la chimenea y formó una inmensa nube gris. No veíamos nada. Oímos cómo empezaba a llover, y para cuando todo se despejó ya caía torrencialmente el agua del cielo. Era tan fuerte la tormenta que casi no se podía ver a través de las ventanas. En poco tiempo se encharcaron los caminos y en menos se convirtieron en ríos.

Todo temblaba. Por las escaleras que subían al piso de arriba descendía un reguero de agua, y a través de la ventana abierta vi arrastradas por el viento, volando alrededor de la casa como buitres hambrientos, un montón de tejas negras.

Una de las tejas entró volando por la ventana y se chocó contra la pared rompiéndose en mil pedazos cerca de Diana, que se quedó atontada por el fuerte ruido.

Caían ya del techo gruesos chorros de agua y el suelo se habían inundado. El viento empujó entonces la puerta, que golpeó contra la pared tan fuerte que los cristales de las ventas se reventaron y cayeron al suelo encharcado como polvo de estrellas. Para entonces el agua nos llegaba hasta los tobillos y escapaba por la puerta. La mesa se deslizó a gran velocidad arrastrada por la corriente, y se encajó con fuerza en el marco de la puerta. El golpe hizo tambalearse aún más la casa.

Diana seguía aturdida, con las manos tapándose los oídos y murmurando algo. La pobre niña estaba muy alejada de Nerea y de mí y la veía con dificultad entre las pequeñas cascadas de agua que caían del techo. Con cuidado me acerqué a una de las columnas de la casa y me agarré con fuerza a ella para no ser arrastrada. Nerea hizo lo mismo, pero Diana estaba demasiado lejos y pareció despertar cuando el agua le llegó hasta las rodillas. Pensé en ir a ayudarla, pero si me soltaba estaba perdida. Diana nos miró con miedo e intentó acercarse a nosotras, pero resbaló y ya no se pudo volver a poner en pie. La corriente la empezó a arrastrar fuera de la casa, pasó por debajo de la mesa y en el último suspiro logró agarrarse a una de sus patas.

Afuera seguía diluviando y los caminos eran ríos furiosos. Si Diana no lograba aguantar sería su fin. Sólo se podía escuchar el sobrecogedor tropel de la lluvia y el bufido del viento, que arrancaba la hierba del suelo y la lanzaba hacia el cielo en donde

las nubes se removían negras y pastosas como la arcilla. El mundo parecía que fuese a deshacerse. Pero, de pronto...

Todo acabó.

La lluvia paró y el viento poco a poco se sileció. Seguían cayendo chorretones del techo pero con mucha menos fuerza, y el suelo se fue quedando seco a medida que el agua escapaba por la puerta. Diana mantenía con dificultad la cabeza estirada para poder respirar, y cuando ya no quedó una sola gota dentro de la casa respiró hondo y se dejó caer fatigada sobre el suelo, pero no soltó la pata de la mesa.

Los ríos se fueron secando hasta volver a ser caminos, la hierba tumbada por el viento se fue levantando y el cielo, aunque seguía abarrotado de nubes, tomó un color más claro.

Sólo se escuchaba el cascabeleo del agua huyendo por los caminos. Yo seguía abrazada a la columna y los brazos se me habían agarrotado. Nerea miraba el cielo por una de las ventanas y Diana se estaba levantando con gran esfuerzo. Me solté y fui hasta su lado. Mi amiga se dolía de un codo y sus ojos estaban húmedos de lágrimas. No era una niña de las que fingen para dar lástima, por lo que imaginé que debía dolerle muchísimo.

-¿Estas bien? -le pregunté.

Me miró a la cara y sus ojos cambiaron por completo. Dejó de parecer una niña indefensa y volvió a ser la fuerte Diana de siempre.

-No ha sido nada -dijo, pero no dejó de palparse el codo con cuidado.

Nerea seguía inmóvil mirando por la ventana. Entonces la oí suspirar y todo el miedo que hasta entonces habíamos pasado pareció esfumarse. La niña se dejó caer de culo sobre el suelo, cansada, y comenzó a respirar profundamente, como cuando un buceador sale a la superficie. Tenía la mirada perdida y farfullaba algunas palabras.

-¿Qué..? -decía temblándole la boca- ¿Qué habrá sido del resto del pueblo? Mi abuela...

Diana y yo miramos el pueblo a través de la puerta. Era una imagen dramática. Una de las casas cercanas estaba casi en ruinas. El tejado había desaparecido y sus muros de piedra estaban deshechos como si fuesen de arena. Humeaba y toda la hierba de su montaña se veía negra y chamuscada. Seguramente le había caído un rayo.

Conocía a sus habitantes, una pareja de ancianos solitarios y huraños. No se veían por ningún lado y me estremecí al pensar en lo peor, pues no había una sola alma en todo el pueblo.

No había señales de vida.

Pensé entonces en mi abuelo y me puse muy nerviosa. Agarré por el hombro a Diana y le dije angustiada:

-Debo ir a buscar a mi abuelo.

Diana me miró con su acostumbrada calma.

-Sigue amenazando tormenta... -dijo meneando la cabeza- No creo que sea lo mejor...

En ese momento un rayo de sol se coló entre los nubarrones. Rápídamente se fue abriendo un gran boquete en el cielo y una fabulosa claridad iluminó el pueblo entero, que brilló como azúcar mojada. La oscura tormenta había dado paso a un día radiante y todo el valle deslumbraba.

Sonreí a Diana mientras ella miraba incrédula hacia el cielo.

-El tiempo se ha vuelto loco... -dijo mi amiga con los ojos abiertos de par en par.

Diana se volvió y dijo:

-Nerea, vente a ver si encontramos a alguien.

Nerea se levantó muy despacio, como dormida, y se acercó hasta nuestro lado sin decir nada.

-¡Vamos!

# -6-

Bajamos corriendo la montañita y saltamos al centro del camino, pues por los lados aún corría el agua, y nos dirigimos a toda prisa hacia el Gran Volcán, en donde habíamos visto por última vez a nuestros abuelos. Diana también había empezado a preocuparse por su padre, pues, aunque al principio creía que nada malo le podría haber ocurrido, el estado del pueblo era tan lamentable que no pudo evitar pensar en cosas terribles.

Todas las casas estaban muy deterioradas y muchas no eran más que un montón de escombros.

Cuando llegamos a la casa de Diana la preocupación de nuestra amiga aumentó. La casa estaba totalmente derruida. La niña nos miró desconsolada y a mí se me encogió el corazón de tristeza. Parecía que Diana quisiese subir hasta los escombros, pero no lo hizo, las tres nos quedamos paradas en el camino, al pie de las escaleras de la montañita.

La mansión, sin embargo, estaba intacta. Era la única casa de todo el pueblo que no había sufrido daños.

Seguíamos sin ver a nadie.

Nerea, que miraba constantemente a su alrededor, intentó consolar a nuestra amiga.

-A lo mejor -dijo- todo el pueblo se ha refugiado en algún lugar... y tu padre también.

Diana, a la que nunca habíamos visto llorar, tampoco lo hizo en esta ocasión, y tragándose las lágrimas señaló con amargura hacia el Gran Volcán.

-¿Y la terraza? -dijo la niña con la voz herida.

Nerea y yo miramos hacia la montaña. La terraza en donde pasaban el día nuestros abuelos había desaparecido. Nos había impresionado tanto lo que le había sucedido a la casa de Diana que no nos habíamos dado cuenta. El miedo entonces fue insoportable. No había nadie por los caminos y nadie daba vueltas alrededor del Gran Volcán. Parecía que el tiempo se hubiese detenido.

Entonces el cielo volvió a llenarse de nubes y el Sol desapareció tras ellas. Oscureció de pronto y las tres nos quedamos paralizadas por el terror. Un tremendo rayo hizo arder las nubes del cielo y el trueno sonó tan fuerte que me quedé por un momento sorda. No oía nada. Me sentí muy rara, como si estuviese vacía por dentro. Dejé de tener miedo y me pareció estar en un sueño.

Nerea me decía algo, veía moverse sus labios pero no la oía. Noté que me estaba mojando. Había empezado a llover.

El agua me espabiló, pero seguía sin oír nada. Diana me agarró del brazo y me llevó con ella. Subimos la montañita y llegamos hasta la puerta de la misteriosa

mansión. Mis dos amigas discutían junto a la casa. Nerea negaba nerviosa con la cabeza y la otra niña le señalaba la puerta con insistencia. Diana entonces empujó la puerta de la mansión, que se abrió hacia adentro sin ofrecer resistencia, y entró en la enorme casa desapareciendo en la negrura. Dentro se veía todo oscuro.

Nerea y yo seguíamos quietas bajo la lluvia. Yo no tenía miedo por nada, y si seguía allí parada era porque mi amiga también lo estaba, así que cuando Nerea decidió entrar a la casa yo la seguí.

Desde fuera todas las ventanas de la mansión aparecían cerradas y con gruesas cortinas que no dejaban ver el interior, pero al cruzar el umbral de la puerta y entrar a la mansión todo se iluminó. Dentro había una claridad estupenda, como en los días de verano que recordaba de cuando era más pequeña.

Me sorprendí aún más cuando descubrí que la casa era parecidísima a la mía. Había una mesa, dos sillas, dos columnas, una chimenea igual a la de mi casa e incluso las pierdas de las paredes estaban colocadas igual. Las ventanas estaban también en los mismos lugares y sorprendía comprobar que era por ellas por donde entraba la fantástica luz. A través de los cristales se veía el pueblo en un día de verano. Volví la cabeza hacia la puerta pero se había cerrado. Todo era igual a mi casa, todo menos una pequeña cosa, una placa dorada clavada en la puerta a la altura de mis ojos. Había algo escrito en ella, pero estaba demasiado alejada como para poder leerla.

Debía seguir sorda, pues no oía nada.

De repente Nerea habló y la escuché con tanta claridad que fue como despertar de mi sueño.

-Es igualita a mi casa –dijo.

Me alegré de haber recuperado el oído, pero su comentario me extrañó muchísimo.

-No –le dije-, es igual a la mía.

Diana también intervino.

-¿Qué decís? Es clavada a la mía.

Nerea, que caminaba de un lado a otro mirándolo todo, dijo algo que nos confundió aún más.

-Pero Diana, si tu casa es muy... era muy pequeña. ¡Esta casa es enorme! –se calló un momento y siguió hablando pensativa-. Es incluso más grande que la mía. Al menos por fuera lo parece... No puede ser...

Al principio había pensado que sería normal que la casa se pareciese tantísimo a la mía, ya que si realmente habían vivido en ella una niña con su abuelo, igual que mi abuelo y yo, podía ser lógico que todo estuviese colocado de igual forma. Pero al acercarme a la puerta y leer la placa dorada, descubrí la verdadera causa de tanta coincidencia.

En la placa se leía: “SEA BIENVENIDO A SU PROPIO HOGAR”, y bajo esta frase, en letras grandes y mayúsculas, había unas cuantas líneas escritas en letra pequeña que decían: “Espero que este invento sea de su agrado, visitante. Lo que ahora puede ver es una fantástica ilusión de su propio hogar en el día más óptimo. Espero que lo disfrute y se sienta como en su casa”.

Lo leí en voz alta para que lo escucharan mis dos amigas. Nerea se entusiasmó muchísimo, pero Diana no se mostró nada interesada en todo aquello.

-Yo me voy –dijo.

Pasó a mi lado, abrió la puerta, y desapareció como por arte de magia al salir de la casa. Afuera sólo se veía el pueblo en un soleado día de verano.

Nerea seguía paseándose por todos los rincones. Incluso la vi atravesar la mesa del centro del salón como si fuese un fantasma, pues en la casa que ella veía, que era la suya, no había ninguna mesa como en la mía. Nerea llegaba hasta lugares en donde no había nada y se agachaba para mirar algo. Conocía muy bien el hogar de Nerea y su abuela, y aunque no veía lo mismo que mi amiga, sabía en todo momento lo que ella estaba mirando. Sus ojos brillaban entusiasmados.

Se acercó corriendo hasta mí atravesando una de las columnas y me dijo:

-¡Está todo igual!

Empecé a pensar en cómo sería verdaderamente por dentro la misteriosa mansión. Nerea veía su realidad, Diana había visto la suya, y yo veía mi casa iluminada por la claridad del verano. Me intrigaba saber qué es lo que se escondía tras aquellas visiones. Quería saber qué es lo que había tras la casa de Nerea, de Diana y de la mía. ¿Habría algo o simplemente no habría nada? Simplemente, sería cada invitado quien propusiese la realidad que debía de haber.

Al descubrir que todo era una mentira me sentí desilusionada. Ya no me parecía estupendo el día de mentira que brillaba afuera, ni mi casa de mentira, por muy a gusto que en ella me sintiese.

Lo peor de las mentiras es darse cuenta de que son mentira, que la verdad no es verdad. Y, como alguna vez escuché decir a alguien muy viejo, mucho más que mi abuelo, la verdad es algo que está dentro de cada persona y por eso cada uno tiene la suya, pero no deja de ser por eso siempre la verdad.

Era algo difícil de entender para una niña, y cuanto más mayor me hice, empecé a pensar que aquello era simplemente un galimatías, que sólo podría haber una verdad. Pero con el paso del tiempo, también descubriría que aquello que pensaba era mi verdad.

De todas formas, ya no me apetecía seguir allí.

-Nerea –le dije a mi amiga-, yo también me voy.

Me miró asombrada. Pensé que me diría que ella se quedaba y por un momento, no sé por qué, tuve miedo por ella y por mí.

-Vámonos –respondió al fin-, es un rollo que esta casa sea igual a la mía, ya me la conozco.

Respiré aliviada.

Al salir por la puerta el día de verano desapareció tan rápido como un globo que se pincha, y volvimos a ver el pueblo frío y gris. Había dejado de llover, pero el cielo amenazaba una terrible tormenta.

-¿Qué hacemos? –preguntó Nerea algo desanimada.

-Hay que encontrar a Diana.

Anduve un paso y me paré indecisa. Me daba miedo alejarme de la mansión, porque si la tormenta nos cogía lejos de algún refugio podríamos estar perdidas.

-Y si... –empezó a decir Nerea al verme dudar- ...y si la esperamos dentro.

El cielo se revolvía furioso.

-Sí –admití resignada.

Pero justo cuando nos estábamos dando la vuelta escuchamos una voz. El viento siseaba entre la hierba como serpientes y creí que había oído mal, que podía haber sido una ilusión al igual que las de dentro de la mansión. Pero una nueva llamada despejó nuestras dudas.

-¡Es Diana! –dijo Nerea contenta-. Y viene de allí.

Mi amiga señaló hacia el camino que rodeaba el Gran Volcán y luego echó a correr. Bajó las escaleras de la montañita y yo tras ella, pero cuando llegamos al pie de la montaña no encontramos a nadie.

Empezaron a caer pequeñas gotitas del cielo. En poco tiempo rompería a llover.

Volvimos a oír la voz pero ahora mucho más cerca y de pronto pudimos ver a Diana acercándose a la carrera acompañada por su padre y tres hombres más.

Al llegar hasta nosotras sólo habló el padre de nuestra amiga.

-¡Vámonos! –dijo con su voz de gigante.

Entonces comenzó a llover con mucha fuerza y uno de los hombres me agarró por el brazo y casi me llevó en volandas tras él. El chaparrón ocultaba el pueblo alrededor. Sólo oía la voz del padre de Diana entre la tormenta y no sabía a dónde nos dirigíamos. Me costaba respirar bajo aquel diluvio y las gotas de agua estaban tan frías que se me clavaban igual que agujas en la cabeza.

No sé cuánto tiempo estuvimos bajo la lluvia, pues lo siguiente que recuerdo es que al abrir los ojos me encontraba dentro de la panadería del pueblo, junto al mostrador.

Estaba calada hasta los huesos, tenía las manos dormidas por el frío y el pelo empapado me cubría los ojos. A mi alrededor se escuchaban muchas voces. Me aparté el cabello para poder ver mejor y descubrí que Nerea y Diana se encontraban a mi lado. La panadería estaba abarrotada de gente, no cabía ni un alfiler. Debía estar allí refugiado el pueblo entero. Todo el mundo estaba alborotadísimo y no paraba de hablar entre llantos y lamentos sobre el diluvio. La gente se preguntaba a voz en grito sobre el terrible destino que correría el pueblo. Los más pesimistas decían que nunca dejaría de llover, y la mayoría estaba de acuerdo en que si el tiempo seguía así deberíamos todos abandonar para siempre aquel lugar.

Ver a nuestros mayores tan preocupados me impresionó muchísimo. Ellos era quienes cuidaban de los niños y niñas del pueblo y ahora estaban desolados. Me dolía no saber qué hacer y me sentía desprotegida.

Alguien me dio un empujón y me espabilé un poco. Había sido el tendero que me vendió la piedra azul. Se movía con torpeza apartando con su gordo cuerpo a la gente. Estaba muy nervioso y enfadado, y a pesar de que hacía frío sudaba a chorretones por la frente. La gente le reprochaba lo grosero que era, pero a él no parecía importarle lo más mínimo y sólo paró de empujar cuando se encontró de frente con el panadero, que era una persona bajita, delgada e insegura. El enorme corpachón del tendero le hacía parecer más pequeño. Hablaron un momento. El tendero mostraba su irritación levantando los brazos y hablando en un tono altísimo. Yo no entendía bien lo que decía, pero casi todo eran palabrotas.

Después de hablar de aquella manera el tendero se volvió ignorando al pequeño panadero y se dirigió hacia mí. Pasó a mi lado empujándome y me quedé quieta furiosa. El panadero, que había visto el mal gesto del comerciante, me sonrió y me hizo señas con el dedo para que me acercara hasta él. Cuando llegué a su lado el hombrecillo me habló al oído sin necesitar agacharse.

-Ha tenido que abandonar bajo la lluvia el tenderete y toda la mercancía –me dijo-, por eso está así de enfadado. A estas alturas el agua ya lo habrá llevado más allá de donde nunca lo pueda encontrar.

El panadero me guiñó un ojo y se alejó.

Mentiría si dijese que no me alegré de la desgracia del tendero, y a pesar de que estaba muy feo alegrarse, lo único que podía hacer era no sonreír por fuera y hacerlo sólo por dentro. Aunque me hubiese gustado no sentir ninguna gana reír.

Busqué con la mirada a mis amigas y sólo encontré a Nerea, que estaba siendo abrazada por su abuela. La vieja mujer estrujaba a su nieta contra el pecho y sonreía como siempre.

Me acordé de mi abuelo y al volverme me lo encontré de frente mirándome con sus agudos ojos.

-¿Estas bien? –me preguntó.

Afirmé con la cabeza.

-Menuda forma de llover, ¿verdad? –dijo quitándole importancia a todo lo que estaba sucediendo.

Aunque mi abuelo fuese un hombre algo huraño se le notaba bastante contento por verme sana y salva. Me siguió hablando como si no hubiese ningún peligro.

-Ya le pagué lo que le debías a tu amiguito –dijo, justo en el instante en el que el hijo de los panaderos bajaba del piso de arriba por unas estrechas escaleras.

El niño llevaba un montón de mantas y al vernos sonrió. Me extrañó que lo hiciese, pero luego descubrí que era porque mi abuelo le estaba saludando con la mano. Me puse roja de vergüenza.

El chico comenzó a repartir las mantas y desapareció entre la multitud.

-¿Está aquí todo el pueblo? –le pregunté a mi abuelo.

-No creo.

-¿Qué ha pasado entonces con los que no están...?

El viejo hombre se encojió de hombros y me sonrió

-Estarán a salvo en sus casa, Iris. Pero no te preocupes de eso ahora –me dijo-. Vete a jugar y procura divertirte mientras estemos aquí, porque parece que va a ser un buen rato. ¡Nunca había visto una tormenta así!

Entonces apareció Diana cogida de la mano de su altísimo padre. El gran hombre habló con su magnífica voz y mi abuelo y yo tuvimos que doblar muchísimo el cuello para poder mirarle a la cara.

-Es verdad –dijo.

No comentó nada más. Aunque, realmente, no dijo menos que el resto de la gente que allí estaba, que hablaba de todo y a la vez de nada. A la gente le gusta mucho hablar por hablar, y si es sobre desgracias no se cansan nunca de hablar sobre ellas y nunca para arreglarlas. Incluso parecen disfrutar con esos temas tan tristes. Sin embargo, rara vez hablan cuando realmente es necesario hablar.

La desgracia que había caído sobre el pueblo era muy grande, y, como era lógico, la gente sólo dejaría de hablar sobre ella cuando fuese la hora de dormir.

Miré a mis amigas. Nerea seguía atrapada entre los brazos de su abuela y Diana estaba sola a mi lado, porque su padre había desaparecido entre la gente para ofrecer su ayuda a quien la necesitase.

Decidí seguir el consejo de mi abuelo e intentar divertirme. Les dije a mis amigas que deberíamos buscar algún rincón en donde jugar y la idea les pareció bastante buena. La abuela de Nerea al principio se resistía a soltar a su queridísima nieta, pero mi abuelo logró convencerla de que su pequeña estaría mejor jugando con sus amigas, y que así, de paso, ellos podrían hablar sobre lo ocurrido.

Pasamos a través de una enorme puerta que siempre estaba abierta y entramos al granero, que era gigantesco, con el suelo lleno de paja, muros de enormes ladrillos de

piedra y un techo altísimo. Estaba abarrotado de gente, y, curiosamente, sólo había seis sacos de grano amontonados en un rincón. Allí seguía el hijo de los panaderos repartiendo las mantas que bajaba del piso de arriba. La gente se las aceptaba muy amablemente y luego las extendía sobre el suelo para sentarse sobre ellas.

Encontramos un rinconcito apartado de la multitud, junto a la pared, y nos sentamos sobre la hierba.

Diana dijo entonces aquello que pensábamos las tres.

-¿Qué habrá pasado con las demás personas del pueblo?

-Mi abuelo dice que estarán en sus casas –le dije-. No les ha pasado nada.

Lo había dicho sin pensar, simplemente porque era lo que había que decir y lo que todas queríamos oír y creer.

Afuera se oyó entonces el ulular de viento y las vigas del techo crujieron tétricamente. Todo el mundo se calló y empezó a sonar el golpeteo de la lluvia sobre la casa. Volvía a diluviar. Había una pequeña gotera en el techo y el agua caía en columna de lágrimas sobre un gran cubo que el panadero había colocado justo debajo. “Es extraño”, nos había dicho el pequeño hombre, “pues el tejado del granero nunca había tenido goteras. Debe haber alguna pequeña fisura en el techo que sólo aparece cuando llueve tan fuerte”.

La gente seguía en silencio, temerosa de decir nada. Al principio sólo había algunos susurros, pero poco a poco empezaron a hablar cada vez más alto hasta que ya no se escuchó el ruido de la lluvia.

-Pues mi abuela dice –comentó Nerea-, que seguramente han muerto todos.

Diana y yo nos miramos impresionadas. Eso no era lo que queríamos oír.

-¡Siempre estas exagerando, Nerea! –dijo Diana- Seguro que están en sus casas.

Nerea se encogió de hombros y comenzó a jugar distraída con la paja del suelo.

Entonces apareció el hijo de los panaderos con un par de mantas sujetas contra su pecho. Al vernos sentadas sobre la paja apretó los labios como si nos fuese a regañar y nosotras miramos hacia el suelo avergonzadas.

-El piso de arriba está lleno –dijo el niño-, tendréis que dormir aquí abajo.

Dejó las mantas sobre el suelo y nos miró un instante en silencio.

-Esto es para que os sentéis encima. Sino vais a coger frío. Bajo la paja el suelo es de piedra.

No dijimos nada y esperamos en silencio a que se fuese.

El niño sonrió algo nervioso y se alejó de nosotras sigilosamente. Era un niño muy delgado y de aspecto delicado. Nunca le había visto salir de la panadería y, por lo que había oído, solía caer enfermo con mucha frecuencia. Era un niño extraño.

A nuestro alrededor todos los mayores hablaban a la vez y era imposible entender a ninguno. Cada voz era como una gota de lluvia chocando contra el tejado, y todas juntas eran como el ruido de la tormenta.

Entonces Nerea recogió del suelo algunas pajitas y las agarró con el puño bien cerrado dejándolas asomar sólo por un lado.

-Quien saque la más corta –dijo- , ¡gana!

A Diana y a mí nos encantó la idea, y gracias a aquel sencillo juego estuvimos tan distraídas que ni siquiera notamos el paso del tiempo.

Afortunadamente, a nuestra amiga Nerea no le afectaba nada de lo que ocurriese fuera de su fabuloso mundo interior. Ella nunca se sentía agobiada por nada. De mayor siempre decía: “puede que viva en mi mundo, pero el mundo en el que vivo es mi mundo”. Creo que nunca nadie la entendió jamás y yo tampoco, pero envidiaba su capacidad para no perder el tiempo pensando en cosas que no tenían solución.

A la hora de la comida repartieron platos con carne un poco fría, y para cenar un caldo caliente. Nosotras devorábamos con ansia todo cuanto nos ofrecían y enseguida volvíamos a reanudar el juego. No se podía hacer mucho más, sólo jugar y jugar hasta que la luz que entraba por unos pequeños ventanales empezó a apagarse y casi no se pudo ver nada. Entonces la gente se acurrucó sobre sus mantas, cansados de hablar sobre desgracias, y sus voces también se fueron apagando.

Volvía a escucharse el ruido de la tormenta y el agua correr por los caminos.

Nerea había convencido al panadero para que nos prestase una vela, y gracias a su bailona luz pudimos seguir jugando. Habíamos limpiado de paja una parte de suelo, junto al muro, y allí la habíamos plantado.

Las reglas de nuestro juego habían cambiado muchísimo. Cada vez que una regla nos aburría la modificábamos o la quitábamos a nuestro antojo y así el juego era cada vez más entretenido, pero también más complicado. Ahora el juego consistía en que cada una de nosotras ofreciese su puño lleno de pajitas a las otras dos jugadoras. Había que coger una pajita de cada amiga y luego poner las dos en fila sobre el suelo, una detrás de la otra. Ganaba quien tuviese la fila más larga, pero no gana el juego, sino que la vencedora recogía sus pajitas y las de sus amigas y las ponía en un montón. Quién conseguía todas las pajitas de sus rivales finalmente ganaba.

Más tarde, descubrimos que una de nosotras podía perder todas sus pajitas y quedarse sin jugar durante el tiempo que tardasen las otras dos en acabar el juego. Pero lo resolvimos añadiendo una nueva regla, que consistía en que para ganar el juego había que dejar sin pajitas a tus dos amigas a la vez. Si una de nosotras se quedaba sin pajitas o con sólo una, entonces las otras le ofrecían cada una dos de la suyas en su puño cerrado. Así la jugadora volvía a tener al menos cuatro pajitas y podía seguir jugando...

La vela ya estaba consumida hasta la mitad y había un gran charco de cera a su alrededor. La gente dormía en la oscuridad y se escuchaba el golpeteo de la lluvia algo más suave. Incluso la gotera del techo había desaparecido.

El padre de Diana dormía muy cerca de nosotras, pero la abuela de Nerea y mi abuelo descansaban en los dormitorios del piso de arriba, junto a los demás ancianos del pueblo.

De pronto apareció una sombra a la espalda de Nerea. Diana y yo dimos un respingo y se nos escapó un pequeño grito. Era el hijo de los panaderos. La gente que dormía cerca de nosotras refunfuñó y se revolvió sobre sus mantas.

-¿Cómo es que no estáis durmiendo? –preguntó el niño en voz baja.

-No tenemos sueño –le explicó Nerea sin mirarle.

El niño hizo un gesto a nuestra amiga para que bajase el tono de voz.

-Yo tampoco puedo dormir –siseó.

Sin decir nada, se acercó un poco más a nosotras y se sentó entre Nerea y yo. Nos separamos un poco para que se acomodase mejor y ninguna se quejó. Sólo Nerea puso cara de fastidio, pero se mantuvo callada.

-¿A qué jugáis? –preguntó el niño.

Nerea abrió la boca seguramente para decirle que no estábamos jugando a nada, pero Diana, mucho más amable y comprensiva que nuestra amiga, se adelantó y pacientemente le explicó al niño paso a paso nuestro juego. El niño parecía entender y memorizar todo a la primera, y cuando nuestra amiga terminó su larguísima explicación el niño hizo la pregunta que todas nos habíamos temido.

-¿Puedo jugar?

Nerea y yo seguimos calladas, y fue Diana quien le contestó.

-Claro.

Nerea se mordió el labio, pero aguantó en silencio.

-Tendremos que repartir de nuevo –dijo Diana.

-No –dijo Nerea meneando el dedo sin poderse callar por más tiempo-, que se reenganche con cuatro.

-Pero entonces... –dijo Diana sin comprender la actitud de su testaruda amiga.

-¡Da igual! –intervino el niño-. Esperaré a que terminéis esta partida y juego en la siguiente.

Y seguimos jugando.

Nerea, Diana y yo mezclamos en silencio nuestras pajitas con las manos a la espalda y después alargamos nuestro brazo hasta el centro del corro, dejando asomar por un lado del puño las pajitas. Volvía a escucharse muy claramente el ruido de la tormenta.

Empecé a darme cuenta de lo tarde que era. Todo el mundo dormía desde hacía muchísimo tiempo y la vela estaba casi consumida. El juego se había vuelto aburrido.

El niño rompió el silencio.

-Me llamo Jonás –dijo- ¿Y vosotras?

No le contestamos. Yo cogí dos pajitas de cada una de mis amigas y Nerea y Diana hicieron lo mismo. Las tres pusimos sobre el suelo las cuatro pajitas que habíamos cogido para formar nuestra fila y la comparamos con las demás. Nerea alzó los brazos y señaló entusiasmada su fila.

-¡Gané! –exclamó.

El niño volvió a preguntar.

-Tu, la que ha ganado –dijo señalando con descaro a Nerea- ¿Cómo te llamas?

Jonás no pararía de preguntar hasta que obtuviese una respuesta.

-Me llamo Nerea –contestó nuestra amiga un ratito más tarde.

Diana aprovechó para presentarse ella también.

-Yo Diana –dijo.

No tuve más remedio que imitarlas.

-Yo Iris.

Seguimos jugando.

Nerea y yo mezclamos nuestras pajitas con las manos a la espalda, pero Diana parecía distraída, se había vuelto y miraba hacia la oscuridad. Había dejado sus pajitas sobre el suelo y estaba tan quieta como una estatua.

-Jonás -dijo Diana con los ojos clavados en la negrura-, ¿por qué tenéis tan pocos sacos de grano?

El niño respondió al instante, como si estuviese deseando que le preguntasen aquello.

-Es por culpa de los saqueos -explicó.

Nerea abrió los ojos de par en par.

-¿Saqueos? -preguntó intrigada.

-Sí -dijo el niño-, últimamente ha habido muchísimos robos por la noche. Se han llevado un montón de grano. ¡Sólo queda lo que veis! Mi padre dice que dentro de poco no vamos a poder hacer pan.

-¿Muchos robos? -dijo Diana extrañada.

-Sí, el peor de todos fue hace dos noches y nos dejó con lo poco que veis.

Diana miro a Jonás a la cara. Los ojos de nuestra amiga se habían llenado de fascinación. La historia parecía interesarla mucho.

Jonás continuó su relato.

-No sabemos quién podrá ser -decía nervioso-. Sólo nosotros en todo el pueblo podemos moler grano. No hay otro molino por aquí para hacerlo. Podría molerlo a mano, pero tardaría bastante y tampoco podría hacer mucho pan con él, por lo que no necesitaría tanto grano... Si el ladrón lo quisiera para hacer pan tendría que ser de otro pueblo. Pero el pueblo más cercano está demasiado lejos como para tanto trabajo. Dentro de poco no podremos hacer más pan.

-A lo mejor -dijo Nerea entusiasmada con lo que escuchaba- no lo quiere para hacer pan.

Jonás se encogió de hombros.

-¿Y para qué otra cosa lo podría querer?

El niño suspiró y cuando iba a seguir contándonos más cosas sobre los robos Diana le interrumpió.

-Espera -dijo la niña, y en sus ojos se reflejó la luz de la vela-. Hace dos noches fue cuando yo vi algo.

Jonás se quedó con la boca abierta.

-¿Sí? -dijo asombrado- ¿Qué viste?

-Vi algo que bajaba del Gran Volcán, algo alargado como una gran serpiente. Se estiró desde lo alto del volcán hasta el pueblo. Era de noche y no lo veía bien, pero la cabeza seguro que estaba cerca de la panadería.

-¿Un monstruo? -dijo el niño pasmado- ¿Dices que hay un monstruo que baja por las noches y nos roba el grano?

Al hacer Jonás aquel comentario a todos nos empezó a parecer aquella historia demasiado increíble y absurda. Incluso Diana parecía darse cuenta de que aquello sonaba muy fantasioso, y entonces abrió los brazos y dijo en voz baja:

-No lo sé. Puede que sea así y que viva en la cima del Gran Volcán.

Nerea no se resistió a dar su opinión.

-¡Eso es una mentira!

Sin embargo, yo sí me había empezado a creer la historia de nuestra amiga, y Jonás estaba callado y pensativo. Diana no mentía jamás y seguramente no era un monstruo el que robaba el grano, pero si nuestra amiga decía que había visto algo aquella noche era porque realmente lo había visto. Y la aparición del monstruo y el último robo habían sucedido la misma noche.

La lluvia dejó de sonar. El pueblo pareció respirar aliviado y un gran silencio limpió el pajar.

-Ha dejado de llover –dije mientras dejaba de pensar en monstruos y robos.

Ya no se oía nada, como cuando hundes la cabeza bajo el agua.

Una susurrante voz de mujer nos sobresaltó.

-¿Cómo es que no estás durmiendo, Jonás?

Era su madre, la panadera, que nos hablaba desde la oscuridad.

-Es que no tenía sueño –contestó el niño mirando hacia la negrura-. Pero me iba a quedar a dormir aquí.

Nerea, Diana y yo nos miramos inquietas. La mujer estuvo parada un buen rato sin decir nada y luego la escuchamos darse la vuelta y subir por las escaleras hacia el piso de arriba.

Miré la vela que nos iluminaba y la encontré casi consumida. A su alrededor había un gran manchón de cera y la llama casi tocaba el suelo. Entonces Jonás se acercó a gatas hasta ella, sopló, y la luz se apagó. Me enfureció que el niño no nos hubiese preguntado antes de hacer aquello.

-Hay que dormir –dijo.

Olía a cera quemada y a medida que mi vista se acostumbraba a la oscuridad podía ver todo el pajar en tonos azules. Distinguí la delgada silueta de Jonás que se tumbaba sobre el suelo para dormir y también observé a mis amigas hacer lo mismo en silencio.

Me acurruqué sobre una de las mantas y cerré los ojos. Hacía bastante frío y no tenía mucho sueño, pero me dormí profundamente.

Cuando desperté ya había amanecido y el Sol entraba con fuerza por los estrechos ventanucos. Olía muchísimo a humedad. Estaba sola en el granero, no había nadie a mí alrededor y hacía un calor espantoso. Me levanté agobiada y me estiré. La temperatura y el fuerte aroma a hierba mojada eran insoportables.

Pasé a la panadería. Tras el mostrador tampoco había nadie y las estanterías estaban vacías. Empujé la puerta de la entrada y entró muchísima luz. Hacía un día radiante y toda la gente del pueblo se apresuraba en reparar sus casas. Recogían las tejas del suelo y las devolvían a su sitio, arreglaban los muros caídos y taponaban las ventanas con tablones clavados al marco. Realmente no estaban reparando sus casas, sino que las estaban fortaleciendo a la espera de nuevas tormentas.

Algunas casas habían desaparecido por completo, y sus habitantes miraban anonadados los escombros, demasiado impresionados como para estar tristes y llorar su desgracia. Al verles me acordé de mi casa, bajé corriendo la montaña y rodee velozmente el Gran Volcán. Aquel día nadie paseaba, todo el mundo trabajaba en reparar sus casas, incluso los más ancianos.

Pasé junto a la misteriosa mansión y a su lado observé entristecida el montón de piedras en que se había convertido la casa de Diana. No vi a mi amiga ni a su padre, pero lo que más me llamó la atención fue el perfecto estado en el que seguía la mansión. La tormenta no le había provocado el menor daño. Miré alrededor y contemplé el lamentable estado en el que había quedado el pueblo. Todas las casas habían sufrido daños, y algunas incluso se habían desmoronado por completo como la de mi amiga. Sin embargo la inquietante mansión estaba como siempre la había recordado y era la única de todo el pueblo que no necesitaba ser reparada.

Tuve la tentación de subir las escaleras de la montaña y abrir la puerta que llevaba hacia mi hogar ideal. Pero volví a recordar con tristeza que mi verdadero hogar no estaba allí, y perdí la ilusión por revivir aquella mentira que sabía que era mentira. Seguí caminando, si correr, hacia mi casa.

Cuando llegué al pie de su montaña me sorprendí al verla en tan buen estado. Sólo tenía un agujero en el tejado y algunas tejas se habían volado.

Subí las escaleras y encontré la puerta abierta. La mesa ya no estaba en medio de la entrada y al pasar dentro comprobé que alguien la había colocado en su sitio, en el centro del salón, y que las dos sillas estaban junto a la chimenea apagada. Los cristales de las ventanas aparecían rotos y todo estaba muy sucio. El suelo de piedra seguía mojado y había algunos charcos.

En ese instante mi abuelo bajaba del piso de arriba.

-Pues parece que no hay para tanto –dijo animadamente-. Habrá que arreglar algunas cosas, pero si sigue este buen tiempo no tendremos que preocuparnos mucho.

Le sonreí y miré el pueblo a través de las ventanas destrozadas.

-Abuelo –dije-, ¿Has visto a Nerea y a Diana?

El viejo hombre se acercó hasta mí y me acarició la cabeza con dulzura. Sólo en los malos momentos se conoce a las personas, y me alegró confirmar que mi abuelo me tenía muchísimo cariño.

-Sí –dijo el hombre con voz suave-, creo que fueron al lago.

-Puedo... –supliqué.

Mi abuelo sonrió con ternura.

-Claro, Iris, diviértete, días como éste no vamos a disfrutar de muchos.

Me despedí y salí a toda prisa por la puerta. Bajé corriendo las escaleras y me encaminé hacia el lago. Estaba muy contenta. El pueblo había sufrido mucho, pero la catástrofe ya había pasado y ahora era tiempo de pensar en el mañana. No era el momento de lamentarse de todo aquello que ya no se podía cambiar, sino de aprovechar todo lo bueno que nos había quedado.

El Sol brillaba magnífico en el cielo azul cristal y hacía muchísimo calor. Pensé que podría hacer siempre el mismo buen tiempo y que ya nunca más volvería el frío y que, quizás, mis padres, y los padres de todos los niños y niñas de pueblo regresarían para no volver a irse jamás.

Salí del pueblo, me adentré entre las montañas, y llegué hasta los prados de verde oro, que relucían como un espejo reflejando los rayos del Sol. Su aroma me hacía olvidar todas mis penurias. Subí el sendero que llevaba a la laguna y a mitad de camino me detuve a respirar aquellas fragancias. Suspiré.

Al llegar a la laguna me quedé fascinada viendo sus aguas esmeralda y sus preciosos guiños de luz. Al otro lado del lago estaban sentadas a la orilla Nerea y Diana, y, para mi sorpresa, también el hijo de los panaderos, Jonás. El niño lanzaba piedras al lago intentando que rebotasen sobre el agua, y cuando lo conseguía, el proyectil dejaba a su paso una estela de mágicas ondas, que se abrían como flores de arco iris.

Me apresuré hasta ellos y las saludé casi sin aliento.

-¿Qué hacéis? –les pregunté.

Nerea me contestó sin apartar la vista de los reflejos del lago.

-Nada –dijo con un hilillo de voz-, nos aburríamos y vinimos aquí.

Me encogí de hombros. Para Nerea nunca hacíamos nada, pero siempre era en los momentos en los que según ella no hacíamos nada cuando más disfrutaba. Supongo que la mejor manera de disfrutar de lo que se hace es cuando se hace porque se hace, cuando te dejas llevar y dentro de ti permites asomarse a esa persona que somos realmente, y por eso te sientes satisfecha de verdad. Sólo los niños pueden ser así, pues cuando creces no te dejan ser como eres, y lo que es peor, tu misma no te dejas ser como eres.

Me senté a su lado pero no miré hacia el lago, sino a lo que había a nuestra espalda, el Gran Volcán.

Lo que veía parecía algo imposible. El día era soleado y el cielo estaba despejado, pero la cima del Gran Volcán aparecía tapada por negrísimas nubes, que se apretujaban unas contra otras aprisionando la montaña.

Comenté en voz alta mi descubrimiento.

-¿Habéis visto eso? –les dije señalando las nubes de tormenta.

Diana me miró tranquila.

-Claro –me respondió.

Comprobé que mis amigas no sentían el menor entusiasmo por el tema, así que me volví hacia el lago y cogí una piedra plana del suelo. Me levanté para estar más cómoda y la lancé intentando que rebotase sobre la superficie, pero el proyectil se clavó en el agua y se hundió.

-Vaya –suspiré.

El tiempo parecía estar detenido.

Después de muchísimas piedras lanzadas en silencio al fin alguien comenzó a hablar.

-Mi padre –comentó Diana con amargura- dice que tardará mucho con las obras de la casa.

-No te quejes –le reprochó Nerea-, que a la mía le falta una pared entera.

Nerea solía pensar sólo en ella misma.

-Nerea –le contesté-, su casa está totalmente destruida.

La niña palideció.

-No... –masculló con la cabeza gacha- No me acordaba... ¿Y tu casa, Iris?

-No le ha pasado nada –la tranquilicé, algo incómoda por haberla hecho sentirse mal.

Jonás intervino.

-Podéis dormir en mi casa hasta que se arreglen las vuestras –dijo-. Es la más grande del pueblo.

Mis dos amigas no respondieron.

Yo seguía pensando en el estupendo día que hacía. Era como si el intenso azul del cielo nos hablase, y si le prestabas atención podías oírle decir: “Perdonadme, quedaos aquí conmigo, prometo ser bueno a partir de ahora”. Estaba tan a gusto allí, al pie de la laguna, en lo alto de la montaña, que era inevitable que una genial idea se me ocurriese en ese momento. Una idea que cambiaría, sin yo saberlo aún, nuestra fortuna.

-¡Podríamos dormir esta noche aquí! –les propuse entusiasmada- Hace un día buenísimo y podríamos acampar a la orilla del lago.

Nerea, Diana y Jonás me miraron y luego se miraron entre sí sin saber qué responder.

-Estaría bien –dijo Nerea.

Diana y Jonás afirmaron con la cabeza.

-Vale –dije-, yo traigo la tienda de campaña.

-Y yo algo de comer –dijo Jonás, que se había convertido en nuestro amigo sin darnos cuenta.

-Pues yo cogeré mantas –intervino Nerea.

-Yo... –dijo Diana- veré a ver lo que consigo. Lo que pueda sacar de...

La idea nos había ilusionado muchísimo y parecía que nunca hubiese sucedido la desgracia de la noche anterior. Después de un momento de gran tristeza siempre llega otro de alegría, y sólo esperaba que tras ese momento de alegría...

Nos levantamos del suelo de guijarros color perla y nos sacudimos la ropa, que se había manchado de polvo gris. Rodeamos el lago, bajamos hasta los prados de espejo de oro y recorrimos el camino que regresaba al pueblo.

Al llegar a mi casa me despedí.

-Quedamos en la laguna –dije, y subí corriendo las escaleras de la montaña.

Al entrar me encontré con mi abuelo sentado en una de las sillas, de cara a la chimenea. Estaba muy quieto y pensativo y tenía la mirada fija en las cenizas apagadas. Ni siquiera se había dado cuenta de mi llegada.

-Abuelo –le dije insegura.

El viejo hombre se giró muy despacio y me miró a la cara sin sorprenderse de verme allí.

-Vamos a quedarnos a dormir esta noche en el lago. ¿Puedo?

Mi abuelo siguió mirándome en silencio y con cara de preocupación. Me entraron remordimientos de conciencia, pues lo que le había dicho podía preocuparle aún más. Sin embargo, me sonrió y dijo:

-¿Vais a dormir en la tienda de campaña que te regalé?

-Sí.

-A lo mejor es peligroso dormir a la intemperie. Puede que el tiempo vuelva a cambiar.

-Por favor... –le supliqué mirando la luz que entraba por la ventana- Es la primera vez que hace tan buen tiempo desde que me la regalaste, y dijiste que me la habías comprado porque seguro que el tiempo al final cambiaría... Si empieza a empeorar bajamos en seguida.

Mi abuelo suspiró.

-Está bien –dijo al fin-, pero tened muchísimo cuidado, y al menor vientecito os volvéis corriendo.

-¡Vale!

Subí al piso de arriba y entré en mi cuarto. La ventana estaba abierta de par en par y tenía los cristales rotos, las cortinas habían desaparecido y las sábanas de la cama se veían revueltas. Por primera vez me alegré de no poseer tantas cosas inútiles almacenadas como suele tener la mayoría de la gente, pues el viento las hubiese arrastrado. Además de la cama sólo había en el cuarto un enorme y viejo armario que no había sufrido ningún daño.

Metí los brazos bajo la cama y saqué la tienda de campaña. Estaba metida en un saco cubierto de polvo. Bajé cargando con ella hasta el salón y allí me encontré de nuevo con mi abuelo, que seguía mirando tristemente la chimenea.

-Iris -dijo volviéndose para mirarme.

-¿Qué? –apreté los dientes temerosa de que hubiese cambiado de opinión y no me dejase ir a la laguna.

-Toma, estaba en el suelo –dijo, y me lanzó suavemente la piedra azul que yo le había comprado al tendero.

La cogí al vuelo con una mano mientras sujetaba la tienda con la otra. Estaba alegre, pero ver a mi abuelo tan triste me hacía sentir culpable.

-Me voy, abuelo –me despedí con un hilillo de voz.

-Diviértete –me contestó mirando las cenizas.

Caminé despacio hacia la puerta, como si temiese hacer ruido, y salí en silencio. Sabía que estaba haciendo algo que no debía hacer.

# -9-

Afuera seguía el estupendo día, pero ya no disfrutaba tanto del calor y del cielo azul, y sólo podía pensar en la tristeza de mi abuelo. Bajé al camino pensativa y cuando finalmente me disponía a regresar a casa arrepentida escuché una voz a mi espalda. Al girarme encontré a Jonás, que cargaba con una bolsa de tela casi más grande que él.

-Espera –me dijo.

No sabía qué hacer, si volver a casa para que mi abuelo no se preocupase más por mí o ir a la laguna. Ambas decisiones significarían fallarle a alguien. Decidí dejarme llevar y no pensar más en nada. Decidí ir a la laguna.

Jonás y yo caminamos en silencio. Me resultaba extraño tener a un niño como amigo. Anduvimos sin mediar palabra el camino que se metía entre las montañas, pasamos junto a los verdes prados y subimos el empinado sendero hasta la laguna. Bordeamos la orilla y llegamos hasta el otro lado, desde donde se veía todo el pueblo.

Dejé la tienda sobre el suelo y me senté fatigada. Noté que algo se escapaba de mi bolsillo y descubrí que la piedra azul se me había caído y rodaba hacia el lago. Me levanté rápidamente y logré atraparla justo cuando ya se había hundido un poco en el agua. Sorprendentemente la piedra estaba caliente y seca.

Jonás miró atentamente mi piedra azul.

-¿Y eso? –preguntó.

-Es una piedra azul.

-Eso ya lo veo, Iris. Pero ¿de dónde la has sacado?

Me fastidiaba que se enterase de que me habían timado.

-Me la vendió el tendero del camino. Dice que viene de la boca del Gran Volcán.

Jonás me miró con sus negros ojos a la cara y me puse muy nerviosa al encontrármelo de frente.

-Te han engañado.

Bajé la mirada y afirmé avergonzada con la cabeza.

En ese momento Diana apareció por el sendero que subía al lago llevando un montón de mantas. Cuando llegó hasta donde estábamos dejó caer su carga sobre el suelo y miró lo que nosotros habíamos traído.

-¿Qué es eso? –preguntó señalando la bolsa de Jonás.

-Algo de comida –respondió el niño-. Pan y fruta.

-Y eso es la tienda, ¿no?

-Sí –respondí.

-¿Sabes montarla?

-¡Claro! –contesté ofendida.

La verdad es que sólo la había montado una vez y ayudada por mi abuelo el día que me la regaló. No había pensado montarla todavía, pero el comentario de Diana me fastidió tanto que me puse manos a la obra. Volqué el saco y cayeron sobre el suelo la lona y un montón de palos y cuerdas.

Jonás se acercó con curiosidad a mi lado.

-¿Te ayudo?

-No -le respondí justo cuando el niño ya se había agachado para coger una de las varas.

Jonás se echó hacia atrás y se fue a sentar de nuevo a la orilla del lago, junto a Diana. Me entraron remordimientos por responderle de manera tan grosera.

-Es que... -me justifiqué- ...así tardaré menos y prefiero hacerlo yo sola porque me las arreglo mejor...

Diana y Jonás no dijeron nada, me ignoraron por completo. Apreté los labios y empecé a montar la tienda de campaña lo mejor que sabía.

Nerea tardaba muchísimo en llegar, pero finalmente apareció por el sendero moviendo los brazos como si tratara de decirnos algo. No traía nada, ni siquiera una pequeña bolsa, y cuando llegó hasta nuestro lado gruñó enfadadísima.

-¡No he podido traer nada! Mi abuela no quería que me quedara a dormir aquí, pero al final me ha dejado a cambio de limpiar la casa cuando vuelva.

-A mi tampoco me dejaban -dijo Jonás-. Dicen que si me pongo malo, que si el tiempo...

El niño empezó a lanzar con furia piedrecillas contra el lago.

Cuando el Sol ya estaba en lo alto del cielo y hacía un calor agobiante finalmente acabé de montar la tienda de campaña. Di un paso atrás y la admiré orgullosa. Tenía un aspecto magnífico.

-¡Ya está!

Los tres miraron mi obra sin apenas sorprenderse.

-Ya era hora -dijo Jonás con tono impertinente.

-Pues la próxima vez la montas tú -le contesté al instante.

-Eso será si me dejas -se burló con descaro el niño.

Nerea y Diana se rieron con ganas.

No les hice el menor caso y me metí en la tienda de campaña. Allí dentro hacía menos calor, y justo cuando me iba a tumbar a lo largo para disfrutar de mi refugio entraron a la vez Nerea, Diana y Jonás. Ni siquiera me pidieron permiso. Jonás se sentó a mi lado y dijo:

-¿No pensarías aprovecharte tu sola de la sombra?

No se me ocurrió ninguna contestación. Conocía a aquel niño desde hacía poquísimo tiempo y ya se estaba tomando demasiadas confianzas. Pensé que no tardaría mucho en ser quien decidiese a qué jugábamos.

Los cuatro nos acomodamos con dificultad dentro de la tienda, pero el aire empezaba a viciarse y ya no era tan agradable estar allí.

De pronto Jonás señaló con el dedo la entrada de nuestro refugio.

-¡A ver quién llega antes al lago! –dijo entusiasmado.

Pensé con amargura que el niño ya había empezado a tomar todas las decisiones, y desee que Nerea y Diana le ignorasen, pero no lo hicieron. Nerea salió velozmente de la tienda y oí cómo se zambullía en el lago. Diana intentó seguirla, pero se tropezó con Jonás y los dos cayeron al suelo. Entonces aproveché para saltar por encima de ellos, correr hacia el lago y lanzarme al agua con la ropa puesta como había hecho Nerea, que chapoteaba contenta a mi lado.

Procuré no alejarme de la orilla, pues no sabía nadar. Nunca había pensado que sería importante aprender, pero ahora me daba cuenta de que estaba equivocada.

Al instante Diana se abalanzó sobre el agua salpicándonos a Nerea y a mí. Jonás salió de la tienda doliéndose de una de sus rodillas y con cara de enfado.

-¡Que brutas sois! –dijo-. No habéis esperado a que diese la salida.

Nerea siguió jugueteando con el agua y Diana y yo nos miramos extrañadas.

Jonás respiró hondo y caminó lentamente hacia la orilla, se descalzó, dejó sus botas sobre las piedras y con calma se metió vestido en el lago.

Nerea y Diana se habían alejado mucho de la orilla y jugaban a hacerse ahogadillas, mientras que yo seguía donde el agua sólo cubría hasta la cintura.

Jonás pasó a mi lado sin decir nada, caminando sobre el fondo de piedras, y siguió adentrándose en el lago hasta que dejó de hacer pie y empezó a nadar. El niño nadaba muy bien, lentamente, como si acariciase el agua. Nadó hasta el centro del lago y allí se quedó quieto, flotando como un nenúfar. Luego se hundió y al rato volvió a asomar a la superficie su pequeña cabeza. Su pelo rubio se había oscurecido al mojarse y ahora tenía el color de la miel.

El niño regresó nadando hasta mí lado.

-Mira –me dijo enseñándome algo sobre la mano-. Estaba en el fondo del lago.

Era una piedra redonda y planísima.

-Es perfecta –le dije.

-Sí. Seguro que podría hacerla saltar de un lado al otro del lago. La guardaré.

El niño salió del agua chorreándole la ropa, dejó la piedra junto a sus botas, y regresó al rato.

-¿No te metes más adentro? –me preguntó.

Me puse muy nerviosa. No quería que se enterase de que no sabía nadar.

-Es que... –decidí mentir- ...mi abuelo me mata si me mojo la camisa.. siempre está igual con la ropa. Que si se ensucia, que si se estropea...

-Vale, vale –dijo Jonás en un tono extraño, y siguió nadando lago adentro.

Hacía un calor insoportable y pensé en mojarme la cabeza, pero seguro que al hacerlo me empaparía la camisa y mi excusa no habría servido de nada. Me arrepentía de no haber aprendido nunca a nadar.

Salí del agua y me senté sobre las piedras. Jonás jugaba ahora junto a Nerea y Diana haciéndose ahogadillas y los tres se lo pasaban genial. Sentía celos de aquel niño, pues parecía que me hubiese robado a mis amigas. Pero la culpa de mi enfado sólo la tenía yo, que nunca había querido aprender a nadar. Mi abuelo solía ir al lago en

compañía de la abuela de Nerea y de otros mayores, pero yo nunca había querido ir con ellos y prefería quedarme en casa. Los ancianos creían que bañarse en el lago alargaba la vida, y por eso, a pesar del frío que hacía últimamente, no les importaba venir a bañarse en sus aguas heladas, y cuantos más años tenía la gente del pueblo más veces se bañaba en el lago. Supongo que hay miedos que merecen el sufrimiento.

La ropa se me secó en poco tiempo y me refugié dentro de la tienda de campaña porque no soportaba más el calor. Dentro me tumbé boca arriba y miré el sol, que se veía como un círculo amarillo a través de la tela. Me estaba aburriendo muchísimo. Cerré los ojos y sólo pude oír el chapoteo de mis amigas en el lago. Era como si navegase sobre el ruido, como si flotase sobre el aire caliente que me rodeaba. Me dormí.

# -10-

Cuando desperté la luz era más suave y ya no hacía calor, sino una temperatura muy agradable. Me había pasado el día durmiendo y ya atardecía.

Me senté y escuché atenta, pero no oía nada. Gatee hasta la entrada de la tienda y al asomar fuera la cabeza me encontré de frente con la cara de Jonás.

-Mira quién ha despertado –dijo el niño.

A su lado estaban Nerea y Diana sentadas sobre el suelo.

-Te has pasado todo el día durmiendo –comentó Diana.

Nerea se ríe y dijo:

-Sí, ahora nos toca a nosotras un poquito. No había forma de entrar porque estabas ocupándola toda.

Una brisa fresca arrugó la superficie del lago.

-Casi se ha ido el Sol –dijo Jonás-, y se está levantando algo de frío. Deberíamos entrar todos en la tienda.

Volvía a tener celos del niño, porque aprovechando el tiempo que yo había gastado en dormir se había ganado la confianza de mis amigas, y ya era quien tomaba las decisiones. Suspiré.

Nerea y Diana se levantaron, se sacudieron el polvo de la ropa y junto a Jonás se metieron los tres en la tienda, obligándome a ir hacia el interior del refugio para dejarles hueco.

Cuando lo cuatro logramos acomodarnos allí dentro Diana dijo:

-Conozco una historia fantástica.

Y era verdad, la historia que entonces nos contó era fabulosa.

Nerea, Jonás y yo nos habíamos sentado frente a ella y escuchábamos con atención sus palabras.

La historia de Diana hablaba de un joven muchacho que vivía en un bellissimo poblado. Era una historia que había sucedido muchísimo tiempo atrás, en el tiempo de las espadas de brillante acero y las armaduras de oro, de los elegantes arcos y las flechas veloces como halcones, de los amores imposibles y los castillos de fantasía. Y era en uno de esos castillos donde vivía un malvado y despiadado rey. Un rey muy cruel que obligaba a todo el reino a pagarle unos impuestos altísimos, tan altos que la gente del poblado en el que habitaba el muchacho, protagonista de la historia, un día no pudo pagarlos, porque se habían quedado en la más absoluta pobreza.

El rey, que no tenía piedad, mandó a sus esbirros que arrasaran el poblado, para demostrar al resto del reino lo que les pasaba a aquellos que se atrevían a incumplir sus órdenes.

No quedó ni una sola persona con vida ni casa en pie, y sólo el muchacho se salvó milagrosamente de la crueldad de los esbirros del rey, pues el destino había querido que en ese momento se encontrara cazando en las montañas. Cuando regreso...

Lo que sucedió entonces fue lo que siempre sucede en estas historias, pues el muchacho juró venganza, se fue a vivir a las montañas, y se hizo hombre y un experto luchador viviendo mil aventuras a cada cual más increíble.

La más fascinante de sus peripecias fue aquella en la que rescató a una bruja de ser quemada en la hoguera por orden del Rey. La mujer le estuvo muy agradecida y le contó algo verdaderamente misterioso. Le dijo al muchacho que ella sabía lo que había pasado con su poblado y que también conocía el juramento que había hecho el muchacho de matar al Rey. Pero le dijo que por mucho que se esforzase el momento de su venganza nunca llegaría, y repitió varias veces la palabra "momento". Le dijo que su corazón era puro y que nunca podría ser tan malvado como el Rey, y regalándole un collar con poderes mágicos le dijo: "Póntelo y a partir del día de tu venganza el Rey jamás volverá a cometer atrocidades. Pero recuerda que el momento de tu venganza tampoco llegará nunca".

Las palabras de la bruja eran muy extrañas.

Esa misma noche el protagonista de la historia decidió cumplir su venganza. Se acercó al castillo llevando puesto el collar. Era una noche sin luna y los guardias no le vieron escalar por los muros del castillo hasta la ventana de la habitación del Rey, al que pensaba cortar el cuello sin piedad, como tampoco la había tenido él con su poblado.

El Rey dormía roncando como un oso. Su verdugo levantó entonces el cuchillo para clavárselo en la garganta, pero no pudo bajarlo sobre su víctima, porque no era tan malo como su ahora indefensa presa. Sintió mucha tristeza al pensar que toda su vida la había dedicado a prepararse para aquel vergonzoso momento, y soltó el cuchillo que golpeó el suelo haciendo muchísimo ruido. El Rey se despertó y abrió la boca para llamar a los guardias, pero no dijo nada, se había quedado quieto, como una estatua, mirando el collar que llevaba el intruso. Estaba hechizado.

Y así permaneció el Rey, sin mover un solo dedo. Parecía que las agujas del tiempo se hubiesen detenido en la habitación, y no sólo en la habitación, sino que en todo el castillo el tiempo se fue parando poco a poco como un río que se seca, hasta que todo quedó quieto.

El muchacho, que ya era un hombre, se fue entonces de la habitación dejando al Rey sobre su cama, con la boca medio abierta y los ojos espantados. Y no escapó por la ventana por la que había entrado, sino que salió por la puerta de la habitación, junto a la que dos guardias tampoco se movieron para detenerle. La vida en el castillo se había parado, como si se hubiese quedado aprisionada en hielo. Salió por la gran puerta del castillo sin que nadie se lo impidiese y se alejó de aquel lugar sin volver la mirada atrás, pues todo lo que hubiese podido ver ya lo había visto y jamás cambiaría.

Cuando Diana terminó su relato, Nerea, Jonás y yo estuvimos un instante en silencio, fascinados. Había sido un cuento larguísimo, más de lo que yo aquí he contado. Las aventuras del protagonista habían sido muchas desde que el Rey arrasase su poblado

hasta el final de la historia, y no he mencionado ninguno de sus innumerables combates a espada que le habían convertido en un experimentado guerrero. Había luchado contra ejércitos de asesinos, monstruos más grandes que montañas...

Casi era de noche.

Estábamos en silencio, como si temiésemos romper la magia que nos rodeaba.

Nerea acabó con el maravilloso momento.

-¡Yo también conozco una historia fabulosa! –dijo muy emocionada.

Diana, Jonás y yo no volvimos hacia ella para escuchar su relato. Pero la historia de Nerea no nos fascinó tanto como la de Diana.

El cuento de nuestra amiga hablaba de la vida de un dragón, un enorme dragón con dientes del color de la sangre y de una fiereza incomparable. La historia era mucho menos delicada que la de Diana y mucho más violenta, pues cuando el dragón no estaba destrozando poblados con sus garras, era porque estaba haciendo la digestión de alguna desafortunada doncella. Nerea se esforzaba en relatarnos todo con el mayor entusiasmo posible. Era una historia terrible que nunca acababa, y daba la impresión de que nuestra amiga se la estaba inventando a medida que nos la contaba.

Llegó un momento en el que Jonás la hizo callar.

-¡Jo! Vale ya –dijo cansado- ¿Es que en vuestras historias sólo hay muertes? ¿No sabéis ninguna historia de amor?

Nerea arrugó la nariz, pues le había molestado la interrupción del niño.

Entonces intervine yo.

-Yo conozco una historia de amor –dije.

Nerea y Diana me miraron de forma muy rara y Jonás suspiró.

-Pues cuéntala –dijo el niño.

Me percaté de que la noche se nos había echado encima y casi no se veía nada.

La voz de Diana sonó entonces en la oscuridad.

-Espera Iris ¿Habéis traído velas o algo para hacer fuego?

Nadie respondió.

-Pues... –dijo Nerea- no vamos a ver ni torta.

A ninguna nos apetecía regresar al pueblo, pues sabíamos que si volvíamos no nos dejarían regresar a la laguna.

Sin motivo alguno Nerea aprovechó para ridiculizarme.

-Deberías sacar tu piedra azul, Iris –dijo-. Igual hasta brilla.

Incluso Diana, que era más madura que mi otra amiga, se burló de mí.

-A lo mejor sí que brilla, porque viene de la boca del Gran Volcán.

Oí como reían en la oscuridad Nerea y Jonás. Decidí no contestarles, mi respuesta sería el silencio. Me tumbé y me quedé callada.

Jonás me recordó que iba a contar una historia de amor y al ver que no le respondía los tres me pidieron perdón, pero no les hice el menor caso. Así aprenderían a no reírse de mí. Ellos se lo perderían, pues la historia que les iba a contar era maravillosa. Una historia más pura que la primavera y más intensa que la luz del sol, y que ocurría en un país en el que sólo un día valía más que mil vidas. Era un cuento tan

fabuloso que entristecía escucharlo, pues te recordaba lo vulgar que era mundo fuera de la fantasía.

Me imaginé caminando por mi país de fábula y dejé de escuchar las voces de mis amigas. Ahora oía el cantar de los pájaros, los ríos y la brisa acariciando las hojas de los árboles de mi mundo. Y, sin darme cuenta, ya no me imaginaba caminando por sus praderas, sino que estaba realmente allí, soñándolas.

Me desperté. Todo estaba oscurísimo. Mis amigas también se habían dormido y escuchaba su respiración cerca de mí. La lona de la entrada estaba abierta y podía ver afuera el cielo estrellado. Me di un gran susto cuando vi que había alguien sentado mirando hacia el pueblo. Me acerqué silenciosamente hasta la entrada y suspiré aliviada al descubrir que era Diana.

Salí de la tienda de campaña y mi amiga se sobresaltó. Parecía estar nerviosa. Me dijo algo en voz bajísima y señaló el Gran Volcán. La enorme montaña parecía un fantasma.

-Está ahí –dijo Diana.

Al principio no logré ver nada, pero enseguida descubrí lo que mi amiga señalaba. A través de las nubes que rodeaban el volcán vi que bajaba algo alargado, como una enorme serpiente. Su cabeza descendió muy lentamente hasta llegar al suelo y se paró, quedando estirada desde el cielo hasta la tierra.

-Es... –dije sin aliento- es el monstruo.

-Ya os dije que vivía en la boca del Gran Volcán.

Sucedió entonces otra cosa extrañísima. Por el cuerpo de la enorme serpiente bajaba un bulto oscuro.

-Está al lado de la panadería –dijo Diana.

La cabeza de la serpiente se había posado sobre el techo de la panadería.

-¡Es el monstruo el que roba el grano! –exclamé, y me eché las manos a la boca.

En aquel momento podía haber tenido miedo de aquel monstruo, pero lo que sentía era rabia por dejarle que robase el grano sin hacer nada para evitarlo.

-Deberíamos ir a verlo de cerca –le comenté a mi amiga.

-Pues despierta a Nerea y Jonás –me respondió Diana sin perder de vista la serpiente.

La voz de la niña sonó muy tranquila y eso me infundió aún más valor.

Entré en la tienda de campaña.

-El monstruo ha bajado.

El primero en despertarse fue Jonás.

-¿Qué pasa? –preguntó.

Dentro de la tienda no se veía nada.

-¡El monstruo está en el pueblo, vamos!

Salí de la tienda de campaña y me encontré con Nerea, que había salido sin darme yo cuenta.

-A ver dónde está ese monstruo... –dijo adormecida.

Yo estaba ansiosa por ir a su encuentro. La vista se me había acostumbrado a la oscuridad y ahora podía ver perfectamente el lago y el pueblo más abajo.

-¡Vamos!

Corrí hacia el sendero que bajaba la montaña, pero mis amigas ni se inmutaron.

-¡Venga! –les grité.

Me miraron como si dudasen en seguirme, pero como yo no paraba de insistirles al final vinieron tras de mí. A veces es mejor no plantearse mucho las cosas y dejarse llevar. A veces.

Bajamos hasta los prados y corrimos por el camino entre las montañas.

De noche todo parece distinto, incluso las distancias, pues me pareció que apenas tardamos un instante en llegar al pueblo. Estábamos cansadísimas, pero aún nos quedaban fuerzas para seguir corriendo por la Vía Principal, directas hacia el Gran Volcán.

Cuando estuvimos cerca de la panadería dejamos de correr y empezamos a movernos con muchísima cautela. La silueta del monstruo se veía muy cerca. Nos acercábamos escondiéndonos en cada recodo del camino, hasta que sólo nos separó de la panadería una montañita.

Jonás me golpeó suavemente con el codo en las costillas.

-Asómate –dijo-. Tú eras la que quería venir.

Estaba tan nerviosa que me dolía la tripa y me temblaban las piernas, pero logré armarme de valor y muy despacio salí al camino y estiré el cuello. La cabeza del monstruo estaba sobre el tejado de la panadería, pero mi sorpresa fue enorme al ver que no se trataba de un monstruo, sino de una escalera. Era una escalera larguísima que bajaba desde el cielo y llegaba hasta el techo de la panadería. Me quedé sin habla. Me volví hacia mis amigas para comentarles mi descubrimiento pero Nerea, Diana y Jonás ya se habían acercado y miraban con asombro la misteriosa escalera.

Jonás señaló hacia la panadería y dijo pasmado:

-Está sobre el granero.

Diana, sin embargo, parecía decepcionada.

-Es una escalera –dijo.

Seguramente, nuestra amiga esperaba ver un terrible monstruo. Es curioso lo que a veces deseamos que ocurra. Pero, seguramente, lo único que quería la niña era que en su mundo lleno de tristezas apareciesen algunas gotitas de fantasía.

De pronto escuchamos unas pisadas que bajaban por la infinita escalera. Corrimos a escondernos y yo me asomé un poquito para poder ver de quién se trataba. Era una mujer delgadísima y que parecía muy vieja, pero que se movía con bastante agilidad.

La extraña mujer llegó hasta al tejado de la panadería y siguió bajando como si la escalera entrase dentro del granero.

Diana habló junto a mi oído.

-Debe haber una trampilla en el tejado. Por eso puede entrar a robar el grano aunque las puertas estén cerradas.

La mujer había desaparecido dentro del granero. Jonás corrió hasta la montañita sobre la que se alzaba la panadería y la subió velozmente. Ya junto a la puerta nos hizo señas para que le siguiésemos. Nerea, Diana y yo llegamos rápidamente hasta su lado. El corazón me latía con fuerza. Jonás se puso un dedo en la boca para pedirnos que hiciésemos menos ruido.

-Tenéis que ayudarme a coger una cosa –dijo el niño susurrando.

Jonás rodeó la casa y nosotras le seguimos.

Tras la panadería había una pequeña caseta de piedra. El niño entró por una pequeña puerta y salió arrastrando una enorme y vieja escalera.

-Necesito ayuda, hay que usarla para subir al tejado –dijo en voz baja y casi sin aliento.

Agarramos la escalera entre todas y con muchísimo esfuerzo logramos levantarla y apoyarla contra la pared de la casa.

Jonás trepó como un gato, y para cuando nosotras llegamos arriba el niño ya se había acercado hasta la misteriosa escalera, que bajaba del cielo y entraba al granero por una trampilla en el tejado.

Diana y yo caminamos con mucho cuidado sobre las tejas hasta donde estaba Jonás, sin embargo Nerea prefirió quedarse junto a la vieja escalera por la que habíamos subido.

Llegamos al lado del niño, que estaba arrodillado y se asomaba por la trampilla intentando ver dentro del granero. Diana y yo también nos agachamos y miramos, pero no se veía nada, estaba todo oscurísimo.

-¿Veis algo? –pregunté.

-No –respondió Diana.

Jonás se mantuvo en silencio.

De pronto escuchamos un ruido que venía de la misteriosa escalera. Levanté la cabeza y vi que Jonás subía por ella. Diana y yo nos pusimos en pie y le hicimos gestos al niño para que bajase. Incluso nos atrevimos a levantar un poquito la voz.

-¡Baja!

Pero el testarudo niño nos ignoró y siguió subiendo con sigilo.

-Voy a subir –dijo Jonás decidido-. Si queréis venir, pues bien, sino quedaros ahí. Yo quiero saber qué es lo que está pasando aquí.

Diana y yo estábamos indecisas. Era muy arriesgado subir, pero tampoco podíamos abandonar a Jonás. Recordé que Nerea seguía agazapada junto a la vieja escalera que habíamos usado para subir al tejado.

-Nerea –dije en voz baja-, ven, que vamos a subir.

Nuestra amiga seguía quieta.

-Venga, Nerea –dijo Diana.

En ese momento se encendió una luz dentro del granero y nuestra amiga vino corriendo hacia nosotras. Hizo un ruido espantoso pisando las tejas sueltas, llegó a nuestro lado y sin decir una sola palabra empezó a subir por la escalera. Diana y yo también iniciamos la ascensión con el estómago encogido. La escalera no tenía barandilla

donde agarrarse. Me paré, miré atrás y vi la luz dentro del granero. Era una luz muy débil, seguramente de una vela. Miré entonces hacia arriba, buscando a mis amigas, y las encontré muy lejos. No había vuelta atrás.

# -12-

Cuando ya habíamos subido bastante volví a mirar a mi espalda. Estábamos altísimas y me mareé un poco al ver la empinada escalera bajar hasta la panadería. Me senté sobre los escalones y respiré hondo. Las casas del pueblo se veían pequeñas, como las de muñecas.

La luz del granero se apagó. Abrí los ojos con mucha expectación y descubrí que alguien subía por la escalera.

Me levanté y seguí subiendo a toda prisa. Tenía tanto miedo que me temblaban las piernas, y mis amigas estaban ya tan altas que no las veía y debía apresurarme para darlas alcance. El pueblo empezaba a desaparecer muy abajo, y solo se distinguía una gran mancha negra. Hacía mucho viento.

Logré alcanzar a Diana, pero no lograba ver a Nerea y tampoco a Jonás. Mi amiga caminaba muy despacio y al verme dijo:

-No hay barandilla y con este viento seguro que nos caemos. Será mejor que volvamos.

-No -le dije-, la ladrona viene detrás.

Y las dos seguimos subiendo.

Subimos y subimos.

Peldaños y más peldaños.

De pronto nos azotó una fuerte ráfaga de viento y Diana y yo nos quedamos agachadas, casi tumbadas sobre los escalones. Miré hacia abajo y me dio vueltas la cabeza al ver lo alto que estábamos. Cerré los ojos. El viento volvió a soplar y noté como me empujaba hacia el borde de la escalera. Tenía muchísimo miedo. Diana me cogió del brazo y tiró de mí.

-Levántate, creo que he visto a la ladrona. Como no nos demos prisa nos cogerá.

Me puse en pie y caminé encogida tras mi amiga. Era extraño que estuviésemos huyendo de una ladrona, pues debería ser ella quien huyese de nosotras.

El aire estaba helado y húmedo. Sentía escalofríos cada vez que respiraba y tenía las manos dormidas.

Entonces escuchamos la voz de Nerea.

-Ya llegáis. Por fin.

Levanté la vista y descubrí que al lado de Nerea esperaba sentado sobre los peldaños Jonás. La noche era muy oscura y apenas les veía, pero los ojos de Jonás brillaban en la noche como los de un gato. El niño nos habló entonces en voz muy baja.

-Estoy cansado. Vamos a quedarnos aquí un poco.

-No podemos -le dije yo bastante nerviosa-. Ya viene.

-Es verdad -dijo Nerea mirando hacia abajo- veo algo que se mueve.

Ni siquiera me volví para mirar, pues procuraba no separar la vista de los peldaños para no marearme.

Nerea agarró a Jonás del brazo y le obligó a levantarse. El niño, que parecía agotado, se puso en pie quejándose. Bastaba con ver su delgado cuerpo para comprender su fatiga.

-No te quejes –le reprochó Nerea a su amigo-, que el que quería subir eras tú. Deberíamos habernos quedado abajo.

Eso ya no importa –dijo Diana mirando al cielo-. Ahora lo que hay que hacer es subir.

Yo también observé el cielo y me sorprendí al ver tan cercanas las nubes, que parecían burbujas de algodón púrpura. Casi llegaba a tocarlas.

Nos pusimos en marcha. Estábamos cansadísimas, pero poco a poco logramos alejarnos de nuestra perseguidora lo suficiente como para perderla de vista. Oía los jadeos de mis amigas a cada paso. Me temblaban las piernas y el pecho me ardía cada vez que respiraba. No podía caminar más.

Diana se detuvo y resopló.

-Parece que ya no se la ve –dijo-. Vamos a descansar un rato. No puedo más.

Nos sentamos y confiamos en que la ladrona también descansase un ratito.

Diana, Jonás y yo mirábamos hacia arriba porque nos daba vértigo girarnos y descubrir lo alto que estábamos, pero Nerea parecía no tener ningún miedo a las alturas. Nuestra amiga estaba emocionadísima y no para de hablar. Para ella estábamos viviendo una apasionante aventura.

-Si miráis hacia abajo –decía- las escaleras se ven muy raras, igual que la piel de una serpiente cuando se estira. ¡Cómo marea mirarlas! El pueblo ni se ve. Como tropecemos seguro que nos caemos y nos matamos...

El aire estaba muy frío y nos costaba mucho esfuerzo respirar. Me notaba empapada de sudor y sentía escalofríos. Diana y Jonás parecían tan cansados como yo y guardaban silencio, pero Nerea hablaba por todas nosotras.

-Ya viene –dijo entonces nuestra inquieta amiga.

Diana levantó la cabeza y se volvió.

-Yo no veo nada.

-Pues yo sí que la veo –insistió Nerea-. Casi no se ve porque está todo oscuro, pero no está lejos.

Jonás se levantó y respiró con fuerza.

-Sigamos –dijo el niño-. De todas formas es mejor que no nos quedemos mucho tiempo quietos. Ya debe faltar poco.

-¿Poco? –dijo Nerea-. ¿Para llegar a dónde?

Nuestra amiga tenía razón. ¿A dónde íbamos?

Diana intervino con calma.

-Eso ya no tiene importancia.

También Diana tenía razón. Una vez que has elegido recorrer un camino a veces no te queda más remedio que recorrerlo entero. Pero la pregunta de Nerea me rondaba la

cabeza. ¿A dónde íbamos? Pensé que sería mejor detenernos y enfrentarnos a nuestra perseguidora. O, tal vez, allí arriba estuviese lo que Jonás esperaba encontrar, que era, simplemente, saber lo que estaba sucediendo con los sacos de grano que les robaban.

Seguimos subiendo.

Miré fijamente los peldaños y caminé tras mis amigas. Ya no pensaba en nada y veía mis piernas subir un escalón tras otro. Ya ni me daba cuenta de que estaba caminando y tenía la sensación de que no estaba haciendo nada, que no iba hacia ningún lugar. Pero seguía caminando.

Un hilito de bruma se coló entre mis piernas y levanté la cabeza intrigada. Estaba rodeada por una niebla densísima. Me asusté al no ver a mis amigas, aunque oía muy cerca sus pisadas. Habíamos llegado hasta las nubes y nos encontrábamos dentro de ellas. Hacía muchísimo frío y el viento soplaba fuerte.

-¿Diana? –pregunté.

-Sí –oí responder a mi amiga.

-¿Dónde estáis?

-Creo que a tu lado, pero no oigo ni a Nerea ni a Jonás.

Oí la voz de Jonás un poco más lejos que la de Diana.

-Yo estoy aquí quieto –dijo-. No se ve nada. ¿Nerea?

-Detrás de ti –escuchamos decir a Nerea.

-Esto está muy peligroso –dijo Diana-. Lo mejor será que nos demos la mano para no separarnos.

Palpé en la oscuridad y encontré a Diana, que me dio la mano. Mi amiga estaba más cerca de lo que había imaginado. Nerea le dio la mano a Diana y luego a Jonás, y seguimos subiendo con muchísimo cuidado, buscando con el pie el siguiente escalón antes de pisarlo. No se veía nada.

Jonás encabezaba el grupo y tras él subía Nerea, que no paraba de quejarse. Primero le echó la culpa de todo a Jonás, por habersele ocurrido subir, luego le reprochó a Diana que también era culpa suya y de sus tontas historias sobre serpientes gigantes, y, finalmente, también tuvo malas palabras para mí, diciéndome que todo había empezado por culpa de mi ridícula piedra azul. La verdad es que no prestaba la menor atención a mi amiga, pues lo único que realmente me preocupaba era la ladrona. Si nos alcanzaba, a la primera que cogiera sería a mí. Tenía tanto miedo que me había olvidado de que estaba cansadísima.

De pronto Diana, que iba delante de mí, cayó de espaldas y afortunadamente logré sujetarla y que no nos cayésemos las dos. Fue un susto tremendo y me temblaba todo el cuerpo.

-¡Nerea! –dijo entonces Diana- Como te vuelvas a resbalar y me empujes te tiro de la escalera.

Nunca había visto a mi amiga tan enfadada. Diana era una niña muy tranquila y me sorprendió verla tan alterada.

-Lo siento, Iris –me dijo-. Vamos a seguir.

Nos dimos la mano de nuevo y continuamos subiendo. Nerea no volvió a quejarse y se quedó en silencio. Incluso el viento se detuvo, pero aun así hacía un frío insoportable y notaba como tiritaba Diana cogida de mi mano.

La niebla empezó a disiparse y todo se iluminó con una luz blanquecina. Pude ver entonces a mis amigas.

Jonás, que iba el primero de la fila, se giró y habló muy cansado.

-¡Veo el final de la escalera!

Una brisa terminó por limpiar la bruma que nos rodeaba y vimos el cielo estrellado con la Luna llena inmensa y radiante. Las nubes quedaban ahora por debajo de nosotras y parecían un mar infinito. Ya no hacía frío y tampoco soplaba el viento.

La boca del Gran Volcán estaba muy cerca y la escalera llegaba hasta ella. Era como estar en un sueño. No me podía creer que pudiese alcanzar tan fácilmente la cima del volcán. Era un sueño que perdía encanto al verlo tan fácil de cumplir, y creo que incluso llegué a olvidar el esfuerzo que me había costado llegar hasta allí. Aunque de todas formas estaba muy emocionada. Tragué saliva y miré a mis amigas, que observaban embobadas la montaña. Me solté de la mano de Diana y respiré un aire purísimo.

-¡Vamos!

Echamos a correr olvidando todos nuestros miedos. La Luna era más grande incluso que la boca del volcán y el cielo estaba abarrotado de estrellas tan vivas como un enjambre de luciérnagas.

Alcanzamos en un instante la cima. Habíamos llegado al lugar más alto que jamás había imaginado. Nos quedamos fascinadas. La escalera acababa en una terraza desde la que se podía ver el interior del volcán. Era de noche, pero la blanquísima luz de la Luna lo iluminaba todo mágicamente. No había ningún lago y abajo, en el fondo, se veía una inmensa pradera de hierba, y en el centro de la pradera, en medio del fondo del cráter, había una pequeña casa de madera.

Nos miramos extrañadas.

Junto a la casita aparecía un pozo de piedra, y un poco más alejado de la casa y el pozo, había un cosa rarísima. Nunca había visto algo que se le pareciese y sólo puedo decir que era muy grande y que tenía una forma retorcida, como si se enroscarse sobre sí mismo.

-¿Qué es eso? –preguntó Diana como si hablase sola.

Miramos a nuestro alrededor y descubrimos unas estrechas escaleras que bajaban hasta la pradera. Estaban esculpidas en la pared y descendían dando vueltas alrededor del cráter.

Diana se acercó a los escalones, pero justo cuando iba a pisarlos sonó un fuerte chasquido y el suelo se abrió bajo nuestros pies. Caímos y todo se volvió oscuro. Nos deslizamos por una rampa a gran velocidad y chocamos contra un suelo de piedra húmeda y fría.

No escuchaba ni veía nada.

Me levanté sigilosamente y caminé a tientas en la oscuridad. Llegué hasta una pared y la seguí hasta encontrarme con unos barrotes. Metí el brazo entre los hierros y palpé una gruesa lona.

-¿Hay alguien? –pregunté en voz muy baja.

Nadie me respondió. Seguramente estaba sola. Me volví y empecé a caminar de frente por la oscuridad, hasta que Diana me habló a menos de un palmo de distancia de mi cara.

-Debe tratarse de una trampa para intrusos-dijo.

Entonces Jonás también habló.

-No deberíamos haber venido –comentó angustiado.

Me alivió saber que no estaba allí sola. Nerea, sin embargo, no dijo nada.

-¿Nerea? –pregunté.

No me respondió.

Jonás también empezó a preocuparse por nuestra amiga.

-¿Nerea? Di algo. ¿Estás bien?

-Igual no está aquí –dijo Diana.

Escuché como Diana y Jonás caminaban a tientas buscando a Nerea. El niño se chocó conmigo.

-¿Nerea?

-No, soy yo

-Pues parece que no está aquí –dijo Jonás.

-Ya –dijo Diana desde algún lugar entre la negrura-, creo que no se acercó a la trampilla. La muy cobarde seguía en la escalera. Igual puede pedir ayuda.

-Al menos –intervine yo- ya sabemos quien roba el grano.

-Sí –dijo Jonás- ¿Pero para qué quiere tanto?

Escuchamos un ruido sobre nuestras cabezas y el corazón me latió con fuerza. Sonó un chirrido y luego un chasquido, y todo volvió a quedarse en silencio.

-Debe ser la ladrona –dijo Diana-, que está armando de nuevo la trampa.

Entonces sonaron pisadas. Eran pasos lentos y siniestros. Escuchamos como bajaba por las escaleras esculpidas en el cráter y llegaba hasta la pradera. Ahora las pisadas sonaban a hierba aplastada y se acercaban a los barrotes que yo había palpado antes.

La ladrona se paró y empezó a reírse de una manera escalofriante. Luego escuchamos cómo se daba la vuelta y se alejaba de nosotras. Ahora sólo oía respirar a Jonás nervioso. No sentía a Diana.

-¿Qué habrá pasado con Nerea? –pregunté en voz baja para tranquilizarme.

Ni Diana ni Jonás me contestaron. Seguramente estaban muy asustados y no querían hablar. Suspiré y caminé un poco palpando las paredes. Estábamos presos. Me senté sobre el suelo y empecé a sentirme mareada y muy cansada. Me dolían las piernas y la cabeza me daba vueltas. No sabía si tenía los ojos abiertos o cerrados, pues todo estaba oscurísimo. Me dormí.

# -13-

Diana, que fue la primera en despertarse, más tarde me contaría que al abrir sus ojos vio tantísima luz que se quedó cegada. La lona que tapaba la pared de barrotes había desaparecido y el Sol entraba a través de ellos. Me dijo que había visto algo interesante fuera de nuestra prisión y que se había acercado a los hierros para poder observarlo mejor, pero tropezó conmigo y cayó de cara contra el suelo.

Fue entonces cuando yo me desperté y descubrí que la habitación estaba iluminadísima. La lona que había tocado por la noche ya no estaba, y a través de los barrotes veía la pradera. Nos encontrábamos en el fondo del cráter. La hierba lucía con un color verde cristal y las paredes de la montaña brillaban con tonos azules igual que el agua de los ríos.

Al fijarme en las paredes del cráter con más atención descubrí que estaban repletas de piedras azules iguales a la que yo le había comprado al tendero. Estaban encajadas en la roca y había millones. Me hurgué el bolsillo y saqué mi piedra azul. La miré desilusionada. La piedra seguía siendo bellísima, pero aquí no lo parecía, ya que había muchísimas iguales e incluso más bonitas.

De todas formas aguanté las ganas de tirarla y la volví a guardar.

Miré a mí alrededor. Estábamos en una habitación cuadrada excavada en la roca del volcán. Las paredes no tenían piedras azules como en el resto del cráter y los barrotes eran muy gruesos y de metal oxidado.

Olía a primavera. Casi no me acordaba de aquel aroma. Me acerqué hasta los barrotes y saqué el brazo entre ellos, agarré un manojito de hierba, lo arranqué del suelo y me lo acerqué a la nariz. Olía maravillosamente y alegraba el alma su aroma. Me hizo recordar el tiempo en el que todo el pueblo rebosaba vida y mis padres aún vivían conmigo. Me tumbé algo entristecida por todo lo que estaba sucediendo y vi con el rabillo del ojo a Jonás acurrucado contra una esquina. El niño parecía despierto, pero no se movía. Diana estaba tumbada bocabajo y con los ojos cerrados. Era increíble que pudiese seguir durmiendo.

Me levanté, caminé de nuevo hasta los barrotes y miré la casita que había en el centro de la pradera. Era pequeñísima y estaba construida con tablones de madera muy mal cortados. No tenía ni ventanas ni chimenea.

No podía ver el cielo porque estábamos muy metidas en el fondo del volcán, pero debía estar despejado, pues había mucha luz. Era extrañísimo, porque allí, al contrario que en el pueblo, hacía un tiempo fabuloso.

Al lado de la casa estaba el pozo que ya había visto por la noche. Era un pozo como cualquier otro, con un cubo apoyado sobre su borde y una cuerda atada al asa del cubo.

Seguramente, aunque ya no había ninguna laguna en el cráter, aún había agua en las profundidades de la montaña.

Alejado de la casita y el pozo, pegado a las paredes del cráter, estaba la misteriosa cosa. Era algo grandísimo y extraño, y su forma sólo podría compararse con la de un viejísimo árbol, con un tronco muy grueso y retorcido y miles de ramas finísimas como serpientes que se estiraban hacia el cielo. Eran larguísimas y no alcanzaba a ver su final. Supuse que llegarían más alto incluso que el Gran Volcán. El extraño objeto hacía un ruido parecido al zumbido de las abejas, y al mirarlo con más atención descubrí que la misteriosa cosa giraba muy despacio sobre sí misma igual que una peonza, tan lentamente que parecía estar quieta, pero se movía. Daba vueltas sobre una piedra redonda, como la piedra de moler grano que tienen los molinos.

Me giré para contarle a Jonás lo que había visto. El niño miraba un pequeño agujero que había en el techo de nuestra prisión. Sin duda habíamos caído por ahí, pero estaba demasiado alto como para alcanzarlo. Jonás parecía muy preocupado, tenía la nariz arrugada y los labios apretados. Intenté hablar con él para tranquilizarle.

-¿Qué habrá pasado con Nerea? –le dije.

El niño me miró pero no contestó. Me daba mucha pena verle tan asustado.

En ese momento Diana despertó, se levantó lentamente y se tocó la frente con cuidado, caminó tambaleándose hasta los barrotes y empezó a hablar en voz alta.

-¡Nerea! –dijo- ¡Acércate!

Pensé que Diana sería sonámbula y que hablaba en sueños. Mi amiga tenía los ojos abiertos de par en par y miraba unos sacos que estaban apoyados contra la casita. Era el botín de la ladrona. Sólo había cinco sacos, algo que me intrigó mucho, porque si realmente la ladrona había robado todos los sacos de la panadería debería tener cientos. Luego descubrí que no eran los sacos lo que mi amiga miraba, sino lo que había escondido tras ellos. ¡Era Nerea! En ese instante había asomado la cabeza y se acercaba el dedo a la boca para hacernos callar. Pero Diana seguía gritando e incluso riéndose.

-¡Se te ve el pelo!

Nerea movía los brazos como un ahogado para intentar silenciar a Diana.

De pronto la puerta de la casita se empezó a abrir muy lentamente, chirriando con tanto escándalo que el ruido hizo vibrar todo el cráter. Nerea se agachó y Diana cerró al fin la boca.

La puerta se abrió por completo. Aguanté la respiración. Salió entonces la misteriosa mujer y caminó unos pasos sobre la hierba de la pradera. La luz del sol la iluminó y pudimos verla claramente. Era una mujer de edad indefinida. Podría ser muy mayor, pues su cara parecía la de una anciana, pero el resto de su cuerpo se veía fuerte. Estaba muy delgada. Su rostro era huesudo y tenía los pómulos marcadísimos. Con los ojos de un azul intensísimo hundidos en las cuencas, y con tanta vida que desde donde estábamos podíamos ver su increíble color. Tenía una mirada misteriosa, de las que provocan escalofríos. Nos observó con mucha calma, y empezó a caminar hacia nosotras. El pelo, largo y de color ceniza, le llegaba hasta la cintura y le crecía muy atrás en la frente, flotando con cada uno de sus pasos.

Diana, Jonás y yo nos echamos hacia atrás. La mujer se paró a un par de pasos de los barrotos y nos volvió a mirar con sus ojos azules. La terrible ladrona aspiró una gran bocanada de aire y comenzó a hablar.

-¿Qué hacéis aquí? –preguntó amenazante.

Su voz era rarísima y muy distinta a cualquier voz que hubiese escuchado jamás. En realidad ni se parecía a una voz. Era un ruido con forma de palabras, como si un río hablase, o lo hiciese el viento, o el eco de las montañas. Era una voz que no se podía imaginar, y una vez que la escuchabas no la podías volver a recordar con claridad.

Diana, Jonás y yo seguíamos calladas.

La mujer nos volvió a hablar con su misteriosa voz.

-No deberíais haber sido tan curiosas. Luego decidiré lo que hago con vosotras.

Sonrió con desprecio, se dio la vuelta, y caminó hacia la casita. Pero no volvió a entrar en la pequeña casa, sino que se dirigió hacia los sacos de grano que había justo al lado. Diana se me acercó y me habló al oído.

-Seguro que ha visto a Nerea –dijo en voz baja.

Apreté los puños nerviosa.

La mujer se paró frente al montón de sacos, se agachó bruscamente, agarró un gran saco, lo levantó con facilidad y se lo cargó sobre el hombro. La ladrona se dirigió entonces hacia la enorme cosa de forma retorcida, dejó caer su carga sobre el suelo y respiró satisfecha.

-No ha visto a Nerea –dije aliviada.

La mujer agarró una palanca que sobresalía de la cosa, tiró con fuerza, y se abrió una portezuela en el cuerpo retorcido. La ladrona abrió el saco y echó el grano a través de la portezuela dentro de la extraña cosa. El trigo cayó a borbotones dorados hasta agotarse. Empujó la palanca y la portezuela se cerró con un golpe que hizo retumbar todo el cráter.

Por un instante el zumbido que salía de la cosa retorcida sonó más fuerte y luego volvió a escucharse algo más silencioso.

La mujer se giró hacia nosotras y sonrió con sus dientes sucios y descolocados. Entonces Jonás empezó a gritarla enfurecido.

-¡Ladrona, no eres más que una ladrona, por tu culpa ya no podemos hacer pan!

La mujer se quedó muy sorprendida por las palabras del niño y dejó de sonreír.

-¿Por qué no podéis hacer pan, niño? –preguntó la ladrona.

-Porque tú nos has robado el grano. ¡Ladrona, ladrona!

La mujer empezó a murmurar en voz baja.

-No hay más grano que el que había en el granero... –dijo hablando sola.

Parecía preocupada.

Miró hacia la enorme y extraña cosa, que seguía girando muy despacio y zumbando como un panal de abejas, se volvió hacia nosotras y en su frente aparecieron un montón de arrugas de preocupación.

-La máquina no puede funcionar sin trigo –dijo como si estuviese soñando despierta-. Las consecuencias serán terribles. Terribles...

La ladrona agachó la cabeza. Jonás aprovechó para seguir gritándola.

-¡Pues rómpela! –dijo el niño-. Si esa máquina tonta funciona con trigo y el trigo se va a acabar te va a dar igual. De todas formas esa cosa no sirve para nada.

La mujer enrojeció de ira y levantó orgullosa la cabeza para mirarnos con sus penetrantes ojos azules.

-¡Sí que sirve, niño ignorante! –chilló ofendidísima.

Respiró hondo y siguió hablando pero más calmada.

-Ni siquiera sé cuáles serían las consecuencias de que la máquina se parase –nos confesó con la mirada perdida-. Además, no pienso renunciar jamás a sus beneficios.

Las palabras de la mujer no tenían sentido, pero su voz era tan misteriosa que no podíamos dejar de escucharla. Era hipnótica

-Oíd, mocosas –dijo-, y así entenderéis la razón por la cual esta máquina no puede detenerse nunca.

La cara de la mujer dejó de parecer terrible y sus ojos brillaron soñadores.

-Hace mucho tiempo –empezó a decir-, cuando vosotras no habíais nacido y yo no era más que una niña, mi abuelo inventó una máquina, una magnífica máquina que podía controlar el clima, tanto el bueno como el malo. Esta máquina podía convertir una terrible tormenta en un fabuloso día soleado. Sólo tenía un problema: utilizaba para funcionar un combustible muy peculiar en una cantidad grandísima. Como ya habréis adivinado usaba trigo, muchísimo trigo, tanto que la gente del pueblo no quiso colaborar en el proyecto de mi abuelo, y no sólo le negaron el trigo, sino que alegaron que cambiar el clima iba contra la voluntad de la propia naturaleza.

>>Pero mi abuelo no se rindió e intentó hacer funcionar su máquina usando todos los medios posibles. Y fue por esa razón que una noche, una fatídica noche, le sorprendieron robando un saco de trigo en la panadería. La condena que le impusieron por su delito fue el destierro. ¿Os lo podéis creer? ¡Echado de su propio pueblo por intentar ayudarles! ¡Desagradecidos!

>>Yo era una cría, y como el año anterior mis padres habían muerto en una horrible inundación mi abuelo era mi única familia, por lo que tuve que acompañarle.

>>Mi abuelo me llevó entonces donde nunca nadie podría haber imaginado jamás. Me trajo hasta aquí, a la cima del Gran Volcán.

>>Subimos gracias a uno de sus más maravillosos inventos, una increíble máquina voladora capaz de llegar más alto que la imaginación. Subidos en ella atravesamos las nubes y desafiamos al cielo, y abajo quedó, lejanísimo, nuestro antiguo hogar en el pueblo.

>>Nada más aterrizar sobre esta pradera mi abuelo destruyó la máquina en la que habíamos venido, pues decía que cada invento debía usarse una sola vez, para no caer en el conformismo y no cubrir con telarañas los nuevos caminos del progreso y la invención. Aquí cultivamos nuestro propio alimento y mi abuelo también me mostró el verdadero secreto de la máquina que cambiaba el clima, pues no sólo era necesario trigo para que funcionase, sino que el trigo debía ser mezclado con estas piedras azules que veis por todas partes. Al mezclarse el trigo con ellas se produce una rarísima sustancia causante

del buen clima, o, para ser más precisos, produce buen clima. Cuanta más sustancia haya en un mismo lugar, mejor tiempo hará, y cuanta menos, peor. Eso es lo que hace esta máquina, mezcla las rocas azules con el trigo y esparce la sustancia por esas antenas. Mi abuelo había inventado un tipo de trigo que crecía rapidísimo, pero parece que la tierra del cráter se ha desgastado tanto que ahora sólo crecen estos hierbajos inservibles. Por eso he tenido que empezar a robarlo.

Jonás le habló entonces con mucha calma a la mujer.

-Pues se te va a acabar el buen tiempo –dijo el niño en un tono algo malvado-, porque se acaba el trigo...

La ladrona le miró con odio, pero siguió con su relato aparentado que no le afectaban los comentarios de nuestro amigo.

-Lo que mi abuelo no sabía –dijo- era que esa sustancia no se crea al mezclar el trigo con las piedras azules, sino que la mezcla atraía, igual que un imán, a esa sustancia, porque esa sustancia es imposible de crear y hay sólo una cierta cantidad en todo el universo. Por tanto, si se atrae mucha sustancia hacia un lugar en otros sitios escaseará y sufrirán un clima terrible. Por esa razón abajo en el pueblo ya no existen ni la primavera ni el verano, pues toda la sustancia que ellos deberían disfrutar la tengo yo aquí, proporcionándome este estupendo clima. ¡Se lo tienen merecido!

>>Cada vez es más difícil retener la sustancia sobre el volcán y la máquina necesita más y más trigo. Si la máquina se parase no sé lo que podría pasar, pero imagino que sería algo horrible. La sustancia escaparía a gran velocidad para ocupar con urgencia todos los lugares en donde realmente deberían estar, y sobre el volcán no quedaría nada, absolutamente nada de esa sustancia. Sería el mal clima en su estado más puro y devastador, el peor clima que pueda existir.

>>No, la máquina no debe detenerse nunca, aunque para ello deba gastar hasta el último grano de trigo del mundo. Además ¡No les debo nada a ellos!

La mujer señaló al suelo y se quedó un instante mirando enfurecida la hierba.

-De hecho –dijo- ¡Nos echaron cuando mi abuelo y yo intentamos ayudarles! ¡Se lo merecen! Castigaré a todo el mundo conocido amenazándoles con terroríficos diluvios para que me den su grano y cultiven más para mí. Y no les quedará más remedio que arrodillarse a mis pies, a los pies de este volcán. Nadie renunciaría a este espléndido clima y yo tampoco renunciaré.

En ese momento hablé yo enfadadísima con la ladrona.

-Pero habrá un día –le dije- en el que el mal tiempo ya no deje cultivar trigo.

La mujer sonrió con malicia.

-Sí –contestó satisfecha-, pero eso no pasará hoy, ni mañana, ni mientras yo viva. Yo no soy eterna, niña, y dudo que viva lo suficiente como para poder ver ese día. Lo que suceda después, cuando ya casi no quede trigo, y el clima esté tan descompensado en el mundo que parar la máquina pueda provocar el caos total, ya no será mi problema.

La ladrona miró entonces a Jonás, hizo un gesto de desaprobación y luego nos miró a Diana y a mí.

-Me hago vieja –dijo-. Ya sé lo que haré con vosotras. Trabajareis para mí subiendo trigo. Y no penséis en escapar, porque vuestro flacucho amiguito se quedará aquí conmigo, y si me falláis estará aquí en la celda para siempre.

Diana y yo agachamos la cabeza y Jonás permaneció en silencio. La mujer siguió comentándonos su plan.

-Esta misma noche –explicó- bajaréis y recogeréis hasta el último saco de trigo del granero.

Tras decir aquello la ladrona se volvió y se alejó sin prisas, entró en la pequeña casa y cerró lentamente la puerta. Las bisagras chirriaron y el sonido quedó un instante flotando en el aire después de que la puerta se cerrara.

Yo me había quedado sin aliento y tenía muchísimo miedo.

Diana fue la primera en atreverse a volver a hablar.

-Nerea, Nerea –susurró.

Pero nuestra amiga siguió escondida. Diana refunfuñó.

-Siendo como es Nerea seguro que se ha quedado dormida.

-Eso es imposible –le contesté, y también llamé a nuestra amiga-. ¡Nerea!

Diana y Jonás me hicieron callar.

-¡Te va a oír la mujer! -dijo el niño poniéndose un dedo ante sus labios.

Suspiré cansada.

Jonás siguió hablando algo nervioso.

-De todas formas no nos iba a ser de mucha ayuda, porque no sabemos dónde está la llave –dijo el niño señalando una cerradura oxidada junto a los barrotes.

Diana se tumbó de espaldas y se colocó las manos tras la nuca, se quedó quieta mirando al techo y dijo:

-Da igual, la ladrona nos abrirá esta misma noche. No será difícil enfrentarse a una vieja.

A mí no me parecía tan fácil poder vencer a la ladrona. Me puse a pasear nerviosa de un lado a otro mientras Jonás seguía acurrucado en una esquina. Diana, sin embargo, había cerrado los ojos y se estaba quedando dormida.

Jonás parecía tener mucho miedo y había empezado a hablar sin parar.

-¿Dónde estará Nerea? –decía.

Yo intentaba no escuchar a nuestro amigo, pues sus palabras me hacían sentir más desanimada. Pero el niño seguía hablando.

-¿Qué hará con nosotros?

Jonás sólo quería que alguien le hablase, que le dijese que todo iba a salir bien y que lo que nos estaba pasando sólo era un mal sueño, pero yo no me sentía con fuerzas ni con ganas de consolarle e intentaba no asustarme aún más.

Finalmente hice callar al niño para que me dejara tranquila.

-Voy a dormir un poco hasta la noche, Jonás –le dije sintiéndome fatal conmigo misma-. Deberías hacer lo mismo.

Me acerqué a la pared y me acurrugué contra el muro de piedra, cerré los ojos e intenté dormir. Sólo escuchaba mi respiración. Estaba muy nerviosa, y cuando logré

respirar con más calma empecé a escuchar los latidos de mi corazón. Latía con fuerza y sonaba igual que un tambor. Pom, pom, pom...

Al abrir los ojos descubrí que me había quedado dormida. Ya era de noche y estábamos completamente a oscuras.

Poco a poco mis ojos se acostumbraron a la oscuridad y vi el cráter iluminado por una luz blanca como la nieve. Jonás estaba encogido contra una de las esquinas de nuestra prisión y seguía despierto. Se me encogido el corazón al verlo y sentí muchísimos remordimientos por no haberle hecho caso, pero ya no era tiempo para lamentarse. Debí de haber actuado mejor cuando tuve la oportunidad de hacerlo.

Diana, sin embargo, dormía profundamente.

En ese momento la puerta de la casita se abrió con su escandaloso chirriar. Diana levantó la cabeza alertada por el ruido y se quedó quieta esperando. Entonces la vieja ladrona salió de su pequeña casa y caminó hacia nosotras igual que un fantasma. En su mano llevaba un montón de llaves que tintineaban con cada paso que daba.

Cuando llegó junto a los barrotes de nuestra celda habló con su tétrica voz.

-Preparaos.

La luz de la Luna iluminaba su cara llenándola de sombras y surcos. Diana y yo nos levantamos con obediencia y nos cruzamos una mirada cómplice.

La vieja metió una de las llaves en la cerradura de la celda, la empujó hasta que quedó bien encajada, la giró y sonó un chasquido cuando se abrió el cerrojo de nuestra prisión. La ladrona abrió la verja mientras nos miraba con desconfianza. Sus ojos brillaban en la noche.

Diana se estiró para desperezarse y avanzó lentamente hacia la salida. Caminó como si estuviese muy cansada, pero cuando pasó junto a la ladrona se abalanzó sobre ella para derribarla. Sin embargo, la mujer tumbó a nuestra amiga con un rápido y fuerte manotazo. Diana se quedó tendida sobre el suelo bastante dolorida.

-Me esperaba algo así ¡Levántate!

Diana obedeció al instante.

El plan de mi amiga había fallado. Tragué saliva y salí de la celda sin ofrecer resistencia.

Cuando Diana y yo estuvimos fuera la vieja cerró con llave la puerta de la celda dejando al asustado Jonás en su interior. La mujer señaló entonces hacia las escaleras de piedra esculpidas en la pared.

-Empezad a subir.

Diana y yo comenzamos a ascender por las escaleras y detrás de nosotras nos siguió la ladrona.

Caminamos en silencio. La luz de la Luna iluminaba todo con tonos blanquísimos mientras subíamos, y justo cuando Diana iba a llegar a la cima del volcán se paró para

no pisar los últimos escalones que nos separaban de la terraza. La vieja, al verla indecisa, sonrió a nuestra espalda de forma siniestra.

-Pisa sin miedo, niña, esta vez no os comerá.

Llegamos a la terraza y descubrimos que la escalera que bajaba hasta el pueblo había desaparecido, sólo se veía el enorme abismo y las nubes algo más abajo.

Desde aquel lugar parecías estar en la cima del mundo. No se podía estar más alto, y, sin embargo, no me sentía por encima de nada, sino que me encontraba muy sola, como un granito de arena en mitad de una llanura de cristal.

De pronto escuché un ruido a mi espalda. La vieja mujer giraba una manivela que asomaba del suelo. Empezó a sonar un fuerte chirrido en toda la montaña y del borde del precipicio apareció la escalera de madera por las que habíamos subido desde el pueblo. Salía de la montaña como un gusano escapando de su cueva. El chirrido dejó de oírse y la escalera siguió alargándose en silencio, bajando hasta las nubes y pasando a través de ellas. La ladrona giraba la manivela.

Diana y yo esperamos en silencio mientras la vieja mujer jadeaba agotada a cada vuelta que le daba a la manivela. Entonces sonó como un golpe y la ladrona se detuvo. La vieja respiraba cansada. Nos miró con sus ojos de gato brillando en la noche y habló muy despacio.

-Debí de habéroslo mandado hacer a vosotras –dijo sudando a chorros por su arrugada frente.

Mi amiga y yo seguíamos quietas. El aire era cálido y a nuestro alrededor aparecía el inmenso cielo estrellado, haciéndome sentir más pequeñita que el más pequeño de los puntitos de luz que brillaban en la noche.

-¡A qué esperáis! –atronó la vieja.

Me había quedado embobada mirando las estrellas, pensando en lo chiquititas que se veían a pesar de ser mundos enteros que brillaban lejanísimos. La vieja mujer me propino entonces un golpe en la espalda para que me moviese. Miré a Diana, que también me miraba a mí, y las dos nos acercamos a la escalera que bajaba hasta el pueblo. Estaba empinadísima y daba vértigo observarla.

Mi amiga empezó a bajar y yo la seguí tragando saliva. No había barandilla donde sujetarse y tenía miedo a caerme por los lados.

-¡Más rápido! –rugió la mujer tras nosotras.

No me atreví a volver la cabeza.

Diana y yo procuramos bajar más aprisa y en poco tiempo llegamos hasta las nubes y nos metimos en la niebla.

Jonás, que se había quedado atrapado en la celda del volcán, nos contó que en cuanto nos fuimos nosotras la vieja mujer bajó hasta la pradera y se metió en su pequeña casa dejando la puerta abierta. La ladrona encendió una luz dentro y sonó un ruido como si revolviere chatarra. La luz se apagó y salió llevando en una mano un grueso tubo y en la otra un fino bastón. Subió de nuevo las escaleras hasta la terraza y Jonás la perdió de vista, pues desde su celda no la podía ver. Sin embargo, en el volcán había otra persona, además de la ladrona y Jonás, que observaba desde su escondite todo lo que sucedía, y

pudo ver como la mujer clavaba el bastón en el suelo y apoyaba encima el grueso tubo. La vieja golpeó suavemente el tubo, que se alargó como por arte de magia y miró a través de él. Seguramente era un extraordinario catalejo, tan largo que atravesaría las nubes y permitiría a la vieja ver el pueblo más abajo. Más que un catalejo sería un periscopio.

Jonás, que no podía ver a la mujer, intentó llamar a Nerea, con la esperanza de que la niña siguiese escondida en algún lugar del volcán.

-¡Nerea!

Pero la niña no aparecía y la ladrona la escuchó.

-¡Cállate, niña! –atronó la voz de la mujer en toda la montaña.

La vieja ladrona volvió a mirar a través de su magnífico invento. La luna se veía inmensa frente a ella y una ligera brisa agitaba sus finos cabellos como hilos de tela de araña. La mujer estaba concentrada en vigilarnos a Diana y a mí.

Mi amiga y yo habíamos dejado atrás las nubes y seguíamos bajando las interminables escaleras. No nos paramos ni una sola vez para descansar, pues si lo hacíamos la vida de nuestro amigo correría peligro.

No recuerdo si tardamos mucho o poco en llegar al pueblo, pero llegamos hasta el techo de la panadería y allí nos paramos un instante para reponernos. Cuando recuperé el habla le propuse a mi amiga un arriesgado plan que se me acababa de ocurrir.

-Busquemos ayuda y subamos con más gente al volcán.

-No –me respondió Diana-. Seguro que la ladrona nos está vigilando. Además tiene a Jonás...

-¿Quieres decir que debemos robar el grano?

-Sí.

Las escaleras entraban al granero a través del techo. Bajamos por ellas y apenas vimos nada en la oscuridad. En cuanto nuestros ojos se acostumbraron descubrimos los dos últimos sacos que quedaban. Nos acercamos hasta ellos y nos los cargamos a la espalda. Pesaban muchísimo y me costaba un gran esfuerzo caminar con tanto peso.

Regresamos junto a la escalera que subía hasta el volcán y justo cuando íbamos a pisar el primer escalón escuchamos un ruido muy cerca de nosotras. Apareció una luz bajando del piso de arriba y mi amiga y yo nos quedamos quietas. Diana entonces comenzó a subir hacia la cima del Gran Volcán.

-¡Vamos! –me dijo.

La seguí con mucho esfuerzo porque casi no podía moverme.

La panadera bajaba del piso de arriba con una vela en la mano y al vernos sus ojos se abrieron de asombro. La mujer habló en voz alta y poderosa.

-¡Quietos! –ordenó furiosa.

Pero no la obedecimos e intentamos subir más deprisa.

La panadera bajó corriendo las escaleras y toda la casa retumbó.

Ya estábamos saliendo por el tejado cuando Diana resbaló y rodó de espaldas hasta el granero. Logré esquivarla echándome a un lado, pero el saco que yo llevaba se me escapó de las manos y cayó sobre el tejado. Mi amiga se quedó tumbada boca arriba. Su saco se había roto y el trigo estaba esparció por todo el suelo del granero. Yo debía

recuperar el mío, que había resbalado sobre las tejas y se había quedado justo en el borde del tejado, a punto de caerse. Salté fuera de la escalera y planté mis pies sobre las resbaladizas tejas. Caminé cuidadosamente y cuando estuve cerca me agaché y alargue el brazo. Casi lo tenía cuando el saco comenzó a resbalar hacia el borde. Me estire todo lo que pude pero cayó al vacío y escuché un golpe y cómo se desparramaba el grano.

Miré hacia atrás angustiada y vi como la escalera que subía hasta el volcán empezaba a recogerse hacia el cielo. Corrí hacia ella pensando en el pobre Jonás, pero ya estaba demasiado alta como para alcanzarla. Abajo, en el granero, seguía tirada Diana y a su lado la madre de Jonás. Pensé que toda la culpa de lo acababa de suceder la tenía Diana, pues no había querido seguir mi plan de subir al volcán con más gente. Pero la culpa no era de ella, sino de la terca mujer que vivía en la cima del volcán. O, tal vez, la culpa no fuese de aquella anciana resentida, sino que la culpa la teníamos el pueblo entero por dejar que todo esto ocurriese. Tal vez la ladrona tuviese muchas razones para hacer lo que estaba haciendo, pues la habían echado junto con su abuelo y era lógico que nos guardase un gran odio. Realmente éramos todos culpables.

En la cima del volcán la vieja acabó de recoger la escalera, se limpió el sudor de la frente con la manga de la camisa y miró malhumorada las estrellas y la enorme Luna. Bajó las escaleras esculpidas en la pared del cráter, llegó hasta la pradera y se acercó refunfuñando hasta la celda en donde seguía prisionero Jonás.

-Tus amigas son unas inútiles –le dijo sin mirarle-. Te quedarás ahí para siempre.

La extraña máquina con forma retorcida comenzó a sonar igual que el traqueteo de un tren. La vieja miró aquella cosa enorme con sus ojos de hielo y dijo:

-Parece que es la hora de alimentarla. Por culpa de esas niñas se me van a acabar muy pronto las reservas.

La ladrona estaba enfadadísima y le temblaba la boca por la rabia que sentía. Apretaba los puños y observaba hipnotizada la máquina que cambiaba el clima.

Justo en ese momento Nerea se abalanzó sobre la vieja y le dio un gran empujón. La mujer se vio sorprendida y perdió el equilibrio, cayendo de cara contra la máquina y golpeándose con fuerza en la frente. Sonó un golpe espantoso y la mujer se quedó tirada sobre la hierba de la pradera. Nerea estaba impresionada por las consecuencias de su acción, y con bastante miedo se acercó al cuerpo de la mujer y recogió del suelo las llaves de la prisión. La ladrona respiraba lentamente y tenía los ojos cerrados como si durmiese. El golpe sólo la había dejado atontada.

Nerea metió una a una todas las llaves en la cerradura de la celda hasta que encontró la correcta, la giró y con un chasquido la puerta de barrotes se abrió. Jonás salió corriendo de la celda y subió las escaleras de piedra hacia la terraza.

-¡Vayámonos! -dijo el niño.

Los dos corrieron hasta la terraza y allí se pararon, porque la escalera que bajaba hasta el pueblo había desaparecido.

La máquina que cambiaba el clima comenzó a hacer un ruido muy extraño, como si tosiese.

Nerea había estado espiando a la vieja y sabía que debía hacer girar la palanca para desplegar la escalera hasta el pueblo. Intentó moverla pero estaba durísima.

-¡Ayúdame! –le dijo a Jonás.

El niño se colocó en frente de su amiga y los dos juntos lograron mover la manivela, pero la escalera se alargaba muy despacio.

La máquina del clima volvió a toser con fuerza.

-¡Se va a parar, necesita grano para seguir funcionando! –gritó Nerea.

Las nubes que estaban por debajo de la cima del volcán comenzaron a subir, llegaron hasta donde estaban Nerea y Jonás y siguieron subiendo hasta colocarse sobre sus cabezas. Ya no se veían las estrellas y la gran Luna y todo volvía a estar oscurísimo. De pronto el cielo lanzó un terrible rayo que cayó sobre la casita del centro de la pradera, que empezó a arder con altísimas llamas.

Siguieron girando la manivela.

Empezó a llover. Al principio sólo caían unas pequeñas gotitas, pero en seguida se desató una terrible tormenta. Diluviaba. El viento formó un remolino alrededor del cráter y arrastraba las gotas de lluvia haciéndolas girar.

La máquina que cambiaba el clima tosió por última vez y sólo se escuchó el bufido del viento alrededor. Las larguísimas antenas de la retorcida cosa se doblaron y cayeron marchitas.

-¡La máquina se ha parado! –dijo Jonás jadeando.

Caía tanta agua que el fuego de la casita se apagó y la pradera comenzó a inundarse. El agua cubrió la hierba y también el cuerpo de la ladrona, que se despertó y levantó la cabeza horrorizada. La vieja tosió y miró a su alrededor con los ojos tan abiertos que parecía que se le fuesen a salir de la cara. Se levantó con agilidad y observó cómo el agua le llegaba hasta las rodillas. Alzó los brazos hacia el cielo y gritó con su extraña voz.

-¡No es justo!

El agua llegó en seguida hasta la boca de la vieja y siguió subiendo hasta que la cubrió por completo haciéndola callar. La ladrona desapareció bajo el agua.

Nerea y Jonás seguían girando la manivela cuando de repente el viento cambió de dirección y les empujó hacia el interior del volcán. La niña logró sujetarse a la manivela pero Jonás cayó volando hasta la pradera. Por suerte el cráter era ahora un gran lago que frenó el aterrizaje del niño.

El agua giraba en remolino y en un instante llegaría hasta la terraza y empezaría a salirse por el borde del cráter. A Jonás le costaba mucho esfuerzo no hundirse. Nerea miró desesperada la escalera que ella y su amigo habían estado desplegando, pero la noche era tan oscura que no podía ver si ya llegaba hasta el pueblo.

Jonás seguía dando vueltas arrastrado por el agua. Una de las antenas de la máquina que controlaba el clima aguantaba aún estirada y asomaba un poco a la superficie. Al pasar el niño por su lado se le enganchó la camisa en ella y quedó atrapado. El nivel del agua seguía subiendo y si no lograba liberarse le sobrepasaría y se ahogaría. Recordó que llevaba algo en el bolsillo que podía serle útil. Había guardado una piedra

planísima el día que estuvieron nadando en el lago. Era tan fina que tenía los bordes afilados, y usándola logró cortar un trozo de camisa y liberarse.

Abajo, en el pueblo, Diana y yo estábamos junto a la madre de Jonás, a la que habíamos contado nuestra aventura. Desde la boca del volcán caía una cascada de agua que resbalaba por la falda de la montaña hasta el pueblo. Los tres mirábamos esperanzados cómo bajaba la escalera desde el cielo. Aún estaba muy alta como para alcanzarla.

En la cima del Gran Volcán seguían Nerea y Jonás sufriendo la tormenta. El niño había logrado acercarse a su amiga y los dos estaban agarrados a la manivela. Sobre ellos se habían juntado todas las nubes del cielo y formaban una gigantesca bola negra, más grande que la Luna llena y más negra que la noche más oscura. A través de la bola de nubes aparecían miles de rayos. Era enorme, pero aun así era sorprendente que dentro de ella cupiesen todas las nubes del cielo. Las estrellas y la mágica luna volvieron a verse en el firmamento y con cada relámpago que salía de la bola se iluminaba todo el valle. Nerea y Jonás la miraban aterrados.

De pronto un terrible rayo iluminó el cielo como si fuese de día y sonó un trueno tan fuerte que Jonás cayó al suelo y el agua le empujó fuera del volcán. Nerea le intentó sujetar, pero resbaló y la corriente le arrastró tras el niño, hacia la escalera que habían estado desplegando. Nerea logró agarrar a Jonás por el brazo justo en el instante en el que el agua les lanzó hacia la escalera con tal fortuna que bajaron por ella resbalando como por un tobogán. La niña deseó que hubiesen conseguido desplegarla por completo. Iban a gran velocidad.

En el pueblo los caminos se habían inundado y eran ríos que corrían veloces entre las montañitas.

Nerea y Jonás llegaron al final de la escalera que por desgracia aún no alcanzaba hasta el suelo. Salieron volando y cayeron sobre uno de los ríos hundiéndose muchísimo, pero lograron bracear hasta la superficie. La niña nadó hasta la orilla con Jonás cogido del brazo y se agarró a una de las barandillas de las montañitas, salió del agua casi sin aliento y ayudó al niño a escapar del río. Tiritando subieron hasta la cima y descubrieron que era la montañita donde antes estaba la casa de Diana y ahora sólo quedaba la misteriosa mansión, en donde había vivido la ladrona de pequeña junto a su abuelo. Se sentaron contra la pared de la enorme casa y respiraron profundamente mientras miraban hacia el volcán.

El cielo aparecía despejado y todas las nubes se habían apretujado sobre la cima de la montaña, formando una impresionante bola negra de la que caía una enorme cascada de agua y salían terroríficos relámpagos. Era la lluvia de todas las nubes del cielo cayendo sobre la cima del volcán. La montaña rebosaba agua a su alrededor. La luna brillaba en el cielo iluminando el pueblo, y las estrellas llenaban infinitas el cielo oscuro. El aire olía a humedad y ya no hacía frío. El eterno invierno estaba acabando.

De pronto escucharon un grito lejano. Era una voz inconfundible. La única voz que no era voz, sino ruido con forma de palabras.

Escucharon de nuevo el grito, pero esta vez estaba cerca. Nerea señaló entonces hacia el río que corría al pie de la montañita y Jonás vio a la ladrona arrastrada por el agua. La vieja braceaba desesperadamente y justo cuando pasaba junto a la montañita la mujer intentó sujetarse a la barandilla, pero falló por poquísimo y la corriente la alejó, haciéndola desaparecer.

La niña respiró aliviada y Jonás, muy cansado, miró a su amiga y luego al río que se había llevado a la vieja ladrona.

-¿Crees que se ahogará? –preguntó el niño.

-No creo –respondió Nerea tumbándose agotada sobre la hierba mojada-, pero seguro que el agua la lleva muy lejos del pueblo.

-A pesar de todo –dijo el niño- no me gustaría que se ahogase. Nadie se merece que le castiguen así. Debería haber hablado alguien con ella y sin embargo la hemos vuelta a echar del pueblo...

Nerea se encogió de hombros mientras admiraba el cielo. La niña parecía no haber escuchado nada de lo que había comentado su amigo.

-Hacía muchísimo tiempo que no veía tantas estrellas –dijo.

El tiempo era cálido y en el cielo brillaban millones de puntitos luminosos. La Luna llena se veía enorme y a su lado la gran bola negra ya no lanzaba relámpagos, pero seguía saliendo de ella una impresionante cascada de lluvia. Sólo se escuchaba el ruido del agua cayendo sobre la cima de la montaña y corriendo por los caminos que ahora eran ríos.

Las montañitas del pueblo se habían convertido en pequeñas islas, y sería difícil que Nerea y Jonás lograsen escapar de la suya, pero no era el momento de preocuparse por eso. Seguramente la solución se presentaría sola, sin buscarla, pero esperándola. Y, finalmente, la solución apareció.

Sonó un golpe muy cerca de Nerea y la niña se giró. Alguien había colocado un larguísimo tablón de madera como si fuese un puente entre una montañita cercana y la que estaban ellos. Y caminando sobre el tablón descubrieron a una de sus amigas. Nerea y Jonás sonrieron al verme.

-¡Iris! –gritó contento el niño.

Llegué a su lado, nos abrazamos y lloramos de alegría. La madre de Jonás cruzó a su vez el puente y estrujó cariñosamente a su hijo. Diana también pasó sobre el tablón pero no se nos abrazó y se mantuvo algo distante, como era habitual en ella, pero en su cara había una gran sonrisa, una sonrisa de niña.

Ahora la temperatura era magnífica y parecíamos estar en una estupenda noche de verano. De vez en cuando el cielo se iluminaba con algún rayo salido de la gran bola negra y entonces se escuchaba el fuerte rugido del trueno haciéndonos estremecer. Por el momento aquello no parecía ser una amenaza para el pueblo, pues no era con nosotros con quien debía querer zanjar una deuda adquirida mucho tiempo atrás. Por esa razón la gran bola negra seguiría allí arriba lanzando rayos y dejando caer sobre el Gran Volcán una impresionante cascada de agua, hasta que el equilibrio del clima regresase poco a poco.

A la mañana siguiente desperté en uno de los dormitorios de la panadería. Había dormido en el suelo sobre unas mantas, pues las camas las ocupaban los ancianos que las necesitaban más que yo. Tenía a mí alrededor muchas niñas y niños que también habían dormido sobre el suelo. La luz de la mañana entraba limpia por las enormes ventanas y hacía tanto calor que nadie estaba arropado.

Me levanté sin hacer ruido y observé la habitación. En una de las camas descansaba mi abuelo y en otra la encantadora abuela de Nerea. Diana, Nerea y Jonás dormían muy cerca de mí y en sus caras aparecía una expresión alegre.

Salí del dormitorio de puntillas y bajé las escaleras hasta el piso de abajo. Tras el mostrador las estanterías estaban vacías. Afuera se escuchaba un continuo cascabeleo y al abrir la puerta la luz del Sol entró a raudales. El pueblo se veía precioso.

Desde el Gran Volcán caía agua resbalando por su falda y los caminos eran ríos cristalinos que rodeaban a las montañitas, convirtiéndolas en pequeñas islas. Había mucha gente colocando puentes entre las islitas y de vez en cuando se detenían y miraban hacia el volcán fascinados. La gigantesca bola negra que formaban todas las nubes del cielo seguía quieta sobre el Gran Volcán, y aunque ya no lanzaba relámpagos seguía saliendo de ella una torrencial cascada de lluvia. Al ver aquello pensé que la tormenta no pararía en muchísimo tiempo.

El clima era estupendo. Una cálida brisa acariciaba la hierba de las islitas y el valle olía a vida, como cuando era pequeña. Me olvidé al instante de todas las desgracias que había vivido y de todas aquellas que seguro algún día viviría, y entonces pensé que estaba viendo algo más maravilloso que lo que mucha gente había podido ver en sus largas vidas.

Quizá algún día la lluvia dejará de caer sobre el Gran Volcán, o quizá ya no deje de llover nunca, pero eso no era lo que importaba ahora.